

# Transiciones y retornos, pérdidas y reencuentros (la historia de las emociones después de la posmodernidad)<sup>1</sup>

Ignacio PEIRÓ MARTÍN  
*Universidad de Zaragoza*

Es un error capital teorizar antes de disponer de datos. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos.

Sherlock HOLMES<sup>2</sup>

Comenzar con una cita del detective más célebre del mundo me permite trazar la primera línea histórica alrededor de la cual se mueven estas páginas: la Europa *fin de siècle*. Y la utilizo a continuación para caracterizar una forma de pensamiento deductivo que la imaginación popular ha vinculado desde entonces a la razón científica de la modernidad. Pocos han representado ese nivel de reconocimiento con la autoridad de Sherlock Holmes. Un personaje encarnado en

---

1 Este artículo se integra dentro del Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad y es una versión ampliada de la conferencia «Transiciones y retornos: La historia de las emociones después de la posmodernidad (2001-2015)», preparada para la Jornada de estudios, *La Transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años 70*, París, Instituto Cervantes, 10 de junio de 2015.

2 Arthur Conan Doyle, *Escándalo en Bohemia*, primer relato de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, Madrid, Anaya, 2013<sup>10</sup>, pp. 13-14.

la realidad que muy pronto, sin embargo, tuvo que enfrentarse a la crisis de confianza producida por el caso del Dr. Freud. El médico vienés capaz de provocar la implosión de lo real (de la mente y del conocimiento moderno) al entender el análisis del inconsciente como inseparable de la personalidad individual, al afirmar la fuerza de las pasiones y al negar, en definitiva, la supremacía de la cultura sobre los instintos.

Dejando de lado la cuestión metodológica (el método del psicoanálisis ha sido comparado a la labor del detective por numerosos observadores, incluyendo al mismo Freud)<sup>3</sup>, el problema de fondo planteado en este diálogo interminable entre las invenciones literarias y la verosimilitud de la ciencia ha persistido, a lo largo del siglo xx, estrechamente asociada al devenir de los regímenes de historicidad de la modernidad. Y, más precisamente, se ha constituido en el marco de reflexión epistemológica donde se han sucedido las transformaciones disciplinares de la historia y los debates sobre los elementos constitutivos del conocimiento histórico, los retornos temáticos y las explicaciones del pasado emocional más allá de la posmodernidad<sup>4</sup>. Por eso, en esta entrada del capítulo otra cita me sirve para ajustar el segundo gran eje espacio-temporal del mismo: «Si debe haber un lugar de nacimiento de la historia actual de las emociones, ese lugar es Manhattan en la mañana del 11 de septiembre de 2001»<sup>5</sup>.

---

3 Véase Michael Sheperd, *Sherlock Holmes y el caso del Dr. Freud*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1990, pp. 11-14. La cita que utilizo como exergo la reproduce el psiquiatra Antonio Lobo en el comentario a este libro, «Reflexiones tras la lectura del libro: tras la pista del autor», *op. cit.*, p. 48; y, entre otros, Carlo Ginzburg, «Morelli, Freud and Sherlock Holmes: Clues and Scientific Method», *History Workshop*, 9 (Spring 1980), pp. 5-36 (reeditado en Umberto Eco y Thomas A. Sebeok (eds.), *The Sign of Three: Dupin, Holmes, Peirce*, Bloomington, Indiana University Press, 1984, pp. 81-118.

4 Una rápida panorámica sobre los desarrollos y debates de la teoría de la historia más reciente en Miquel À. Marín Gelabert, «Herman Paul y la teoría de la historia en el siglo XXI», presentación a H. Paul, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2016, pp. 7-17 (2014<sup>1</sup>).

5 Jan Plamper, *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015 (2012<sup>1</sup>), pp. 61-62; e «Historia de las emociones. Caminos y retos», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), p. 17.

## TEORÍA DE LA HISTORIA E HISTORIA DE LAS EMOCIONES

Las últimas palabras pertenecen al historiador alemán Jan Plamper, autor del mejor estado de la cuestión que conozco sobre el tema. Y las he traído hasta aquí por dos motivos: primero, por representar la hora cero intelectual que fija tanto el lugar como la fecha de nacimiento de la más reciente historia de las emociones en la práctica historiográfica internacional. Y, en segundo lugar, como signo de la adaptación del conocimiento histórico al cambio de matrices disciplinares que anuncian los tiempos después de la posmodernidad y su complemento transmoderno<sup>6</sup>. Al cabo, la condición histórica que definía la cultura del capitalismo avanzado —cuyo inicio fechó Fredric Jameson en las décadas de los sesenta y setenta—<sup>7</sup>, parece haber sido inevitablemente superada por la nueva era de la *pos-posmodernidad* abierta con el cambio de milenio (otros autores la denominan *ultramodernidad*, *hipermodernidad*, *metamodernidad*, *modernidad líquida*, *supermodernidad* o *neomodernidad*)<sup>8</sup>.

Más adelante volveré sobre el contexto político-social de esta transición historiográfica que alcanza nuestra más inmediata actualidad. Por ahora, la síntesis presentada por Plamper me excusa de hacer un balance historiográfico de la literatura posmoderna dedicada a la historización de las emociones<sup>9</sup>. En este sentido, la lectura de *The History*

---

6 Rosa María Rodríguez Magda, «Introducción. Una reflexión interrumpida», en el monográfico «La condición transmoderna», *Anthropos*, 241 (2014), pp. 9-45.

7 Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991 (1984<sup>1</sup>).

8 Dos décadas después de que el sociólogo de la comunicación Neil Postman diese por liquidada la era tipográfica y por entronizada la del *Show busines*, véase, entre otros, Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*, Barcelona, Anagrama, 2009; y las páginas de David Becerra Mayor, *La guerra civil como moda literaria*, Madrid, Clave Intelectual, 2015, pp. 40-59.

9 De manera complementaria a la abundante bibliografía recogida por Plamper, junto a la pionera revisión historiográfica realizada por Barbara H. Rosenwein, «Worrying About Emotions in History», *The American Historical Review*, 107, 3 (june 2002), pp. 821-845, véase el estado de la cuestión presentado por Rob Boddice, «Te affective turn: historicizing the emotions», en Cristian Tileagă y Jovan Byford (ed.), *Psychology and History. Interdisciplinary Explorations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 147-165. En todo caso, la mayoría de los trabajos se inician o incluyen un balance bibliográfico sobre el tema.

*of Emotions* permite sobrevolar por encima de los debates sobre la representación lingüística de la realidad (con sus claves filosóficas y/o antropológicas) y el planteamiento discursivo de la historia (es decir, de la escritura y la narrativa histórica) en su versión posmoderna<sup>10</sup>. E, igualmente, evita detenernos en el comentario del vocabulario y la semántica cambiante de las palabras afectivas, surgidas de manera eruptiva en las últimas décadas. Al fin y al cabo, con su mezcla de tradición y novedad, de ficciones, expresiones prestadas e imaginaciones historiográficas, el lenguaje emocional supone para los historiadores adentrarse en esa ciénaga repleta de trampas para la experiencia y la interpretación del pasado cuando este se lee más con la pasión de una narración literaria y menos como un motivo de la *veracidad* histórica (es decir, de la comprensión histórica profunda y «fría»).

En un tiempo y un contexto diferente, alguno de estos peligros los había anunciado el sociólogo Norbert Elias. En *Compromiso y distanciamiento* analizó el estatuto lógico de las ciencias en relación con sus objetos y distinguió las ciencias de la naturaleza de las ciencias humanas, mucho más sometidas al régimen de las pasiones<sup>11</sup>. Por su parte, Jean-Claude Milner, en la presentación de las cuestiones «epistemológicas» que le llevaron a reflexionar sobre la ciencia del lenguaje, estableció como una regla simple y verdadera la necesidad de discutir no tanto de las palabras como de los programas que resumen las palabras<sup>12</sup>. En la historiografía alemana, como señalan Etienne François, Hannes Siegrist y Jakob Vogel, las emociones dieron el salto de la historia de la familia, en la que se hallaban presentes desde los años setenta, a la historia social —precisamente gracias a la mediación de Elias, a finales de la década de 1980—, a partir de la investigación de esas *difusas categorías* como las *emociones nacionales*, rápidamente importadas por la historia de los movimientos nacionales. En este sentido, el redescubrimiento de las emociones va ligado directamente al estu-

---

10 Sobre las «relaciones estéticas» de las narrativas históricas, véase H. Paul, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*, op.cit., pp. 105-123.

11 Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona, Ediciones Península, 1990, citado por Christophe Prochasson, *L'empire des émotions. les historiens dans la mêlée*, Paris, Éditions Demopolis, 2008, p. 7.

12 Jean-Claude Milner, *Introduction à une science du langage*. Paris, Éditions du Seuil, 1989, pp. 17-18. Así lo señaló en su debate con Noam Chomsky y sus interrogaciones sobre el programa de la escuela de Cambridge.

dio de las naciones y los nacionalismos, y su incorporación general al discurso de la mayoría de historiadores, debe relacionarse igualmente al cambio de naturaleza de las disciplinas que, en términos sociales, observan la función de comprenderlos y, en cierto modo, de generarlos o reproducirlos<sup>13</sup>. De ahí que, tomando prestada la articulación conceptual de Jörn Rüsen en torno a la teoría de las matrices disciplinares, las emociones participan, al mismo tiempo, del nivel de la reflexión estética y de las estrategias retóricas del historiador, de un lado, y de la inmediata función de orientación de la práctica vital de su público, de otro. Junto a estas interrogaciones teóricas Ramsay MacMullen situó dos advertencias metodológicas al frente de la práctica historiográfica del territorio emocional: una, la que surge de la distinción entre «las emociones, las que descubrimos en los documentos históricos y las que su lectura suscita en nosotros». Y, la otra, que brota de la diferencia entre *emociones* y *pensamientos* (según se considere que las decisiones de los individuos y de los grupos pueden estar gobernadas por los motivos afectivos o responden, por el contrario, al cálculo y los intereses racionalizados por el intelecto)<sup>14</sup>.

En suma, un terreno pantanoso de traducciones culturales (entre épocas y sociedades), urdumbres sintácticas y tramas disciplinarias tejidas bajo la tensión que supone la complejidad conceptual y los seduc-

---

13 Etienne François, Hannes Siegrist y Jakob Vogel, «Die Nation. Vorstellungen, Inszerierungen, Emotionen», en E. François, H. Siegrist y J. Vogel (Hgrs.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*. Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1993, p. 16 y ss. [«Wissenschaftsgeschichtlich liesse sich damit erklären, dass die wissenschaftliche (Neu-) Entdeckung der Gefühle und Emotionen in dieselbe Periode fällt wie die Anfänge der modernen Nation und Nationalismus. Die meisten Historiker, die sich mit Nation und Nationalismus beschäftigen, begreifen seitdem die nationalen Gefühle in der Regel so, wie es in denjenigen Wissenschaften üblich ist, die in der jeweiligen Gesellschaft und Wissenskultur primär für Gefühle zuständig sind»].

14 Ramsay MacMullen, *Les émotions dans l'Histoire, ancienne et moderne*, Paris, Les Belles Lettres, 2004, pp. 9-13, 73 y ss.; y William Reddy, «Historical Research on the Self and Emotions», *Emotion Review*, 4-1 (2009), p. 312, citado por José Javier Díaz Freire, «Presentación», al dossier «Emociones e Historia», *Ayer*, 98-2 (2015), p. 16, nota 7. Un resumen del debate sobre las fuentes y sus límites en Susan J. Matt, «Recovering the Invisible. Methods for the Historical Study of the Emotions», en S. J. Matt y P. N. Stearns (eds.), *Doing Emotions History*, Chicago, University Illinois, 2014, pp. 47-51.

tores embates de las transversalidades disciplinares que reclaman un «*Affective Turn*» de las ciencias sociales y humanas<sup>15</sup>. Y aunque pienso que puede haber algo de ironía en la petición de estos autores de una especie de «*sensual turn*», concebido según el modelo del *giro lingüístico*, lo cierto es que en ningún momento sus propuestas precisan todo lo que eso supone de acoso, derribo y derrota de la utopía de la razón (la ilustrada y la marxista). En la actualidad apenas se recuerda que fueron otros historiadores quienes advirtieron de los peligros del incendio posmoderno que suponía el «fin de la historia» en tanto que cancelación de las alternativas políticas de la izquierda y la deconstrucción de la conciencia de clase obrera<sup>16</sup>. Fue, por decirlo con palabras del malogrado Juan José Carreras, la capitulación de los «viejos» paradigmas de la modernidad representados en el enfrentamiento, casi olvidado, hoy día, del llamado «pensamiento débil» con el marxismo (una de las pocas teorías que, a principios de los años noventa del pasado siglo veinte, seguía reclamando un estatuto epistemológico «fuerte» para mantener la función «crítica», política y social de la historia)<sup>17</sup>.

## HISTORIA: LA HORA «CALIENTE» DE LAS EMOCIONES

Para entonces, la hora «caliente» de las emociones había sonado en el *Big Ben* de la historiografía. Y las vibraciones de su sonido se propagaron con rapidez en el medio académico del *Ökumene* del historiador<sup>18</sup>. En poco tiempo, se constituyó un nuevo territorio investigador

---

15 Athena Athanasiou, Pothiti Hantzaroula y Kostas Yannakopoulos, «Towards a New Epistemology: The “Affective Turn”», *Historiein*, 8 (2008), pp. 1-16; y R. Boddice, «Te affective turn: historicizing the emotions», *op.cit.*

16 Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 1992, p. 98; David Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 369.

17 Juan José Carreras Ares, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003, p. 95; «La Historia hoy: acosada y seducida», en *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Premsas Universitarias de Zaragoza, 2000, pp. 229-236.

18 Entre los numerosos artículos que tratan el tema de la expansión internacional (incluida España), sirva como muestra la presentación de Peter N. Stearns, «Preface: Why Do Emotions History?», al dossier «Emotions History» editado por Juan Pro de la revista *Rubrica Contemporánea*, 4, 7 (2015), pp. 5-9.

cuyos enfoques y recorridos estructurales quedaron definidos por las pérdidas, los reencuentros y/o redescubrimientos de las «enfermedades del alma» de los hombres y las sociedades<sup>19</sup>. En sus dimensiones lingüística y cognitiva, las posibilidades teóricas del nuevo discurso (incluyendo la confrontación de metodologías y la delimitación de las fuentes) de ningún modo se veían agotadas con la distinción principal entre las emociones y los sentimientos. Antes bien, ambos conceptos se acompañaban de una cohorte de pasiones, angustias, traumas, alegrías, afectos, instintos, fascinaciones, empatías y desencantos; sin olvidar, por supuesto, la multitud de términos surgidos de la esfera de las memorias personales, los sentimientos artísticos y culturales o los estados mentales morbosos (desde lo sublime y el sentimentalismo superficial hasta la resignación, el cinismo, la caricatura y el pesimismo intelectual, pasando por la melancolía, la neurosis, la paranoia, la ansiedad, la depresión, etcétera).

Con todo el peso de la mente y del corazón, las nuevas prácticas reflejaban la coexistencia entre las experiencias de los profesionales que concebían los sentimientos como emociones colectivas<sup>20</sup> y las representadas por una larga serie de investigadores de la ciencia, psiquiatras, neurólogos o historiadores generales capaces de distinguir con claridad las emociones de los sentimientos<sup>21</sup>. Esta referencialidad conceptual y bibliográfica se presentaba como un aspecto novedoso. De hecho, dejando de lado los hitos de la historia cultural que vinieron a descubrir períodos, procesos de civilización y escenarios de exuberancia pasional (Jacob Burckhardt, Johan Huizinga o Norbert Elias), la mentalidad tradicional de la historiografía «científica», «racionalista» e «impersonal» solía percibir la cosmovisión afectiva desde la distancia de lo periférico (situada en el espacio de la historia pequeña que, a lo sumo, servía para comprender la psicología de los grandes hombres), lo cual no evita que

---

19 Ute Frevert, *Emotions in History-Lost and Found*, Budapest-New York, Central European University Press, 2011, pp. 205-219.

20 Anthony Rowley y Fabrice d'Almeida, *Quand l'histoire nous prend par les sentiments*, Paris, Odile Jacob, 2013, pp. 11-19.

21 Véase Frances Mestres y José Vives-Rego, «Reflexiones sobre el miedo en el siglo XXI: filosofía, política, genética y evolución», *Arbor*, 190-769 (septiembre-octubre 2014), pp. 1-11; y Paul H. Elovitz, «The successes and obstacles to the interdisciplinary marriage of psychology and history», en C. Tileagă y J. Byford, *Psychology and History. Interdisciplinary Explorations*, *op.cit.*, pp. 89-90.

los investigadores actuales citen a Lucien Febvre como el punto de partida de la historia de las emociones contemporáneas<sup>22</sup>.

A fin de cuentas, las ambiciones historiográficas de los padres *annalistes* les habían llevado a reflexionar sobre la *empatía* como componente del oficio de historiador y a considerar las pasiones de los actores históricos, las motivaciones inconscientes y la psicología dentro del objeto de trabajo positivo propio de la historia (como la sociología, la antropología, la literatura o el arte)<sup>23</sup>. Para Febvre, la distinción entre emociones y sentimientos parecía una cuestión de matices: la «*sensibilité* —escribió en 1941— évoque pour nous, et évoquera dans le cours de notre étude présente, *la vie affective* et ses manifestations»<sup>24</sup>. Por su parte, Marc Bloch había inaugurado la década de los veinte anunciando un proyecto dirigido a indagar las relaciones entre los grupos sociales y los individuos, entre las «psicologías colectivas» y las disposiciones mentales particulares de los hombres. Desde el análisis crítico de la «psicología del testimonio» belga y alemana (una «ciencia nueva con apenas dos décadas de edad»), lo que ofrecía en el artículo «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre» era su toma de conciencia personal acerca de la fragilidad de los testigos y las lógicas interrogaciones del historiador sobre la difusión de las falsas noticias de la guerra<sup>25</sup>. Poco después, centró su investigación en el estudio de un «gigantesco rumor»: la fe en los milagros de la realeza<sup>26</sup>. De todos modos, *Los reyes taumaturgos*, que se

22 Como ejemplos de ser Febvre una cita generalizada y repetida, véase B. H. Rosenwein, «Worrying About Emotions in History», *The American Historical Review*, *op.cit.*; y S. J. Matta y P. N. Stearns (eds.), «Introduction», *Doing Emotions History*, *op. cit.*, pp. 3-4.

23 Lucien Febvre, «Une vue d'ensemble. Histoire et psychologie», en *Lucien Febvre. Vivre l'Histoire*, Paris, Robert Laffont-Armand Colin, 2009, pp. 191 y 107-127.

24 L. Febvre, «Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?. La sensibilité et l'histoire», *Lucien Febvre. Vivre l'Histoire*, *op.cit.*, p. 193.

25 Junto a los «Souvenirs de guerre, 1914-1915» y otros escritos, Bloch publicó en la *Revue de synthèse historique* «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre» (1921). Los trabajos están recogidos en Marc Bloch, *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, Paris, Gallimard, 2006, pp. 117-167, 169-252, 253-292, 293-315, respectivamente. La editora del libro Annette Becker apunta el interés renovado de Bloch por estos temas a raíz de la aparición, en 1932, del libro de Georges Lefebvre, *La Grande Peur de 1789*, considerado un monumental estudio de la experiencia alucinaria de la nación (p. 294).

26 M. Bloch, *Les rois thaumaturges: Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale, particulièrement en France et en Angleterre*, Strasbourg, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, 1924.



suele presentar como una de las investigaciones pioneras de historia de las mentalidades, ha pasado a ser considerada también como un trabajo de historia de la memoria, al rastrear la continuidad de la creencia en los poderes curativos del Rey a través de los siglos y su adaptación a las exigencias de los distintos presentes<sup>27</sup>.

Bastantes años más tarde, después de que algunos pioneros como Jean Delumeau, Paul Veyne, Michel de Certeau o los historiadores de las representaciones abrieran caminos hacia la transversalidad antropológica y la inteligencia de la sensibilidad<sup>28</sup>, el historiador de lo sensorial Alain Corbin se aventuró a establecer la distinción entre la «historia de los sentimientos» (conectada con los afectos, las impresiones, la alegría, la muerte o la intimidad del cuerpo) y la «historia de las emociones» que, en tanto alteraciones del ánimo intensas y pasajeras, acompañadas de cierta conmoción somática, se conocen fundamentalmente a través de la escritura del yo (en su opinión, son los historiadores de la literatura quienes están en mejores condiciones para investigarla)<sup>29</sup>.

Avanzando por las vías secundarias de la heterogeneidad, si nos situamos en el nivel más pragmático y comunicativo de la historia de las emociones (el que conecta con las estrategias profesionales, las caracterizaciones problemáticas, los intereses prácticos de las investigaciones y las escuelas disciplinares), la línea de salida se sitúa en la convicción de que, además de tratarse de reacciones más o menos espontáneas ante situaciones (reales o imaginadas) o de ser estímulos internos que se exteriorizan, las emociones tienen historia. Es decir,

---

27 Gerard Noiriel, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, Paris, Hachette, 1998, pp. 199-200. Junto a la polémica de 1925 entre Bloch con Maurice Halbwachs a propósito de la *memoria colectiva* estudiada por Gérard Namer, «Postface» a Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, Paris, Albin Michel, 1997, pp. 237-295; la difusión del concepto de *memoria colectiva* entre los científicos sociales en la introducción de los editores Bill Niven y Stefan Berger a *Writing the History of Memory*, London-New York, Bloomsbury, 2014, pp. 1-23.

28 Una referencia a todo lo que esta nueva inteligencia historiográfica significaba de rehabilitación de un sujeto individual o colectivo, ocultado e ignorado hasta entonces por las sucesivas crisis de los mundos pasados en Serge Mboukou, *Michel de Certeau, l'intelligence de la sensibilité (Antropologie, expérience et énonciation)*, Strasbourg, Éditions du Portique, 2008, pp. 17-43.

29 Alain Corbin, «Alain Corbin. Entretien réalisé para Paule Petitier et Sylvain Venayre», *Écrire l'histoire. Histoire. Littérature. Esthétique*, 2 (automne 2008), pp. 109-114; y J. Plamper, *The History of Emotions. An Introduction*, op.cit., pp. 40-43.

son *pasajeras* o «perecederas», presentan ciclos, momentos de orto y de ocaso, ocultamientos y reapariciones. Así lo rastreó en la historia antigua y moderna Ramsay MacMullen y de esta manera lo ha planteado para la contemporánea Ute Frevert en *Emotions in History-Lost and Found*. Frente a la pérdida del pudor, del honor o la fraternidad considerados caducos sentimientos decimonónicos, la directora del Centro para la Historia de las Emociones de Berlín, contrapone en el siglo xx el auge de las pasiones políticas y las políticas emocionales, los líderes carismáticos, la compasión, la empatía o el humanitarismo<sup>30</sup>. Y es que, como explicó Javier Moscoso en la presentación de su *Historia cultural del dolor*:

Las emociones pueden carecer de justificación, pero no de historia. El poema épico *La Iliada*, considerado la cuna de la cultura occidental, versa sobre una reacción tan poco edificante como la cólera y, no en vano, el texto se inicia con una invocación de esa pasión, *menin*. Si tomáramos en serio las enseñanzas de Lucrecio, habría que conceder que los historiadores que se desentiendan de las pasiones humanas nunca podrán escribir más que historia de la ocultación y la mentira, puesto que, según el pensador latino, la verdad sólo aflora en los momentos de incertidumbre y de peligro<sup>31</sup>.

Esta historicidad de las emociones es la que ha facilitado su consideración como «construcción cultural que solo adquiere significado en el marco concreto de un determinado contexto cultural que define los parámetros del régimen emocional vigente, disponiendo quién debe y puede sentir qué tipo de emoción en qué circunstancia»<sup>32</sup>. Y, sin duda, ha dispuesto la realidad de la investigación histórica de un inmenso territorio emocional definido por la heterogeneidad doctrinal y temática<sup>33</sup>.

---

30 U. Frevert, *Emotions in History-Lost and Found*, *op.cit.*, pp. 19-204; y R. MacMullen, *Les émotions dans l'Histoire, ancienne et moderne*, *op.cit.*

31 Javier Moscoso, *Historia cultural del dolor*, Madrid, Taurus, 2011, p. 13.

32 Ludger Mees, «Emociones en política. Conceptos, debates y perspectivas analíticas», en Géraldine Galeote, María Llobart Huesca, Maitane Ostolaza (eds.), *Emoción e identidad nacional: Cataluña y el País Vasco en perspectiva comparada*, París, Éditions Hispaniques, 2015, p. 29.

33 Así lo señala Birgit Aschmann, «La razón del sentimiento. Modernidad, emociones e historia contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 57-72.

A partir de aquí, se puede avanzar una clasificación panorámica en base a lo que piensan e investigan los actuales historiadores de las emociones (siempre, desde la advertencia preliminar de que no son compartimentos estancos cerrados sino ámbitos abiertos y profundamente interrelacionados). El primer gran campo estaría integrado por el conjunto de «sistemas emocionales» que, saltando por encima de la psico-historia, han aparecido con contenidos diferentes según los espacios y las épocas. En el segundo se situarían las «emociones colectivas» conectadas con las instituciones sociales, religiosas y políticas que forjan las «comunidades emocionales» y diluyen los sentimientos individuales. Y el tercer ámbito englobaría los estudios dedicados al establecimiento de «regímenes emocionales» que encuadran y ritualizan la interpretación de las experiencias vividas de los individuos y las comunidades a raíz de un «acontecimiento fundador»<sup>34</sup>.

No es esta la ocasión para revisar toda la bibliografía de la historia de las emociones. Sin embargo, esto no significa que la literatura histórica publicada y, en general, el devenir de los acontecimientos internacionales desde 2001 solo sean un pretexto ocasional. De hecho, el punto de partida y el repertorio de la mayor parte de los ejemplos utilizados en estas páginas pertenecen al ámbito de «lo emocional» puesto que se ha convertido en una de las corrientes más reveladora y, al mismo tiempo en la más rica en componentes de los cuales se pueden extraer conclusiones de carácter general sobre el retorno y el redescubrimiento de los conceptos. También, porque nos informa del *sentido* que los historiadores atribuyen a las emociones en los procesos históricos y, por extensión, acerca de la definición de la historia de las emociones

---

34 Para la elaboración de esta tipología me he basado en los artículos de Mauro Moretti, «Parlando di «evento». Un aspetto del dibattito storiografico attorno alle «Annales» dal secondo dopoguerra ad oggi», *Società e storia*, 28 (1985), pp. 373-409; Marie-Odile Godard, «Événement et psychanalyse», en Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia (dirs.), *Historicités*, Paris, Éditions La Découverte, 2009, pp. 225-240; J. Plamper, «L'histoire des émotions», en Ch. Granger (ed.), *À quoi pensent les historiens? Faire de l'histoire au XXI<sup>e</sup> siècle*, Paris, Autrement, 2013, pp. 225-240; y la reseña de Guy Lemarchand, (2014), «Christophe Granger (ed.), À quoi pensent les historiens? Faire de l'histoire au XXI<sup>e</sup> siècle», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, 123 (2014) [En red: mis en ligne le 16 juin 2014, consultado el 2 de junio de 2015. URL: <http://chrhc.revues.org/3574>].

como un nuevo campo historiográfico<sup>35</sup>. Un campo de producción de conocimiento histórico, en definitiva, en línea con las claves de la teoría de la historia actual: que se «dedica al análisis conceptual de la *forma en que los seres humanos se relacionan con el pasado*». Según Herman Paul, los teóricos de la historia, además de examinar cómo se estudia el pasado, «han descubierto que los hombres se relacionan con el pasado no solo con su cerebro (su razón) sino también con su corazón (sus emociones y valores vitales) y sus manos (sus encuentros con los restos materiales del pasado y sus esfuerzos para que el pasado sirva a fines políticos)»<sup>36</sup>.

## 2001-2008: LA MISA NEGRA DEL NEOLIBERALISMO

En verdad, nunca las emociones estuvieron ausentes de la historiografía contemporánea. Pero hasta ahora, tampoco habían existido como un área significada dentro de la disciplina general de la historia. De ahí, la expresión «Emotions are back» al inicio de la presentación del libro colectivo *Passionate Politics. Emotions and Social Movements* y la cautelosa afirmación de sus editores, «Emotions, properly understood, may prove once again to be a central concern of political analysis»<sup>37</sup>. Y es que cualquier observador atento a las novedades historiográficas de comienzos del nuevo milenio pudo atisbar la metempsicosis y la creciente reputación de la historia de las emociones. Una reencarnación de la sensibilidad y el gusto por historizar los sentimientos reflejado en el vasto ciclo de publicaciones generado, junto a la mencionada *Pasio-*

---

35 Véase Jörn Rüsen (ed.), *Meaning and Representation in History*, New York, Berghahn, 2006; y Jörn Rüsen, «Emotional Forces in Historical Thinking: Some Metahistorical», *Historien*, 8 (2008), pp. 41-53; Lutz Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. 26-30; y M. À. Marín Gelabert, «Revisionismo de Estado y primera hora de cero en España, 1936-1943», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta, *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015, pp. 378-379.

36 H. Paul, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*, op.cit., p. 46.

37 Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta, «Why Emotions Matter», en el libro editado por ellos mismos, *Passionate Politics. Emotions and Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press, 2001, p. 2.

nes Políticas, por obras seminales como *The Navigation of Feeling* de William M. Reddy y las firmadas por Carolynne Larrinton, Barbara L. Fredrickson y Christine Branigan, Peter N. Stearns, Emma Rothschild, Joanna Bourke o Barbara H. Rosenwein, entre unos cuantos más<sup>38</sup>.

En los momentos actuales, estos trabajos merecen el reconocimiento de textos «clásicos». Todos ellos, han ayudado a precisar los distintos territorios de investigación y constituyen el canon internacional de la historia de las emociones. Más aún: han sido capaces de atraer a una legión de profesionales procedentes de otros campos de especialidad, entre las que destacan el alto porcentaje de historiadoras dispuestas a explorar nuevas direcciones y cruzar fronteras disciplinares. En los siguientes años, junto al importante capital humano, las obras y autores mencionados abrieron el camino a un impresionante listado de recursos bibliográficos acumulados de manuales, compendios, enciclopedias, y colecciones. Sin olvidar, por supuesto, la aparición de revistas en red específicas como *Emotion Review* o *Passions in Context* y la multitud de monográficos que han dedicado al tema las más importantes publicaciones periódicas de la profesión en todo el mundo. Esta gestión de recursos de anclaje disciplinar se ha completado con los medios económicos derivados de las subvenciones públicas y privadas con los que se han dotado centros y proyectos de investigación que han proliferado a nivel internacional, impulsando la inserción del tema en los debates profesionales<sup>39</sup>. La cascada de seminarios, talleres, jornadas y congresos convocados en los últimos años puede ser, en este sentido, un indicativo tanto de su imparable difusión internacional como de la velocidad de su recepción por las comunidades de historiadores nacionales. Y porque la lista es inabarcable, baste recordar aquí la celebración de reuniones sobre las sexualidades italianas, las tentaciones revisionistas del feminismo, el aprendizaje de los sentimientos, las pasiones

---

38 William M. Reddy, *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001. Sobre estos autores y obras, véase J. Plamper, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein and Peter Stearns», *History and Theory*, 49 (May 2010), pp. 237-265; y *The History of Emotions. An Introduction*, op. cit., pp. 309-341.

39 Véase la presentación del centro creado dentro del *Max Planck Institut für Bildungsforschung* por parte de su directora U. Frevert, «La Historia Moderna de las Emociones: un Centro de Investigación en Berlín», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 31-55.

identitarias nacionalistas, la musealización de las nostalgias alemanas y centroeuropeas o las transiciones sentimentales españolas.

Ante la abrumadora e incesante descarga de noticias se tiene la sensación de que la historia de las emociones se asemeja a un nuevo cajón de sastre de las ciencias humanas. De hecho, la revisión de los índices de contenidos de las publicaciones y congresos aparecidos de los últimos años, produce la impresión de que intentan abarcar todos los procesos afectivos del hombre y la evolución cultural de la sensibilidad en sus relaciones con el medio que le rodea (desde la biología y la neurofisiología con las expresiones faciales y vocales hasta los cambios y desarrollos de la vida, pasando por las diversas perspectivas sociales, de género, culturales, el estudio de la personalidad y sus disfunciones, las historias individuales, las biografías y autobiografías o los factores cognitivos vinculados a la inteligencia emocional y la memoria)<sup>40</sup>. Por lo demás, la misma impresión de ambigüedad (heterogeneidad teórica e indefinición del objeto de estudio), no se percibe como algo negativo. Antes bien, se considera como una propuesta innovadora al facilitar el «desplazamiento operativo» ligado, primero, a los mecanismos de la transversalidad multidisciplinar. Y unido, después, a la complejidad para interrelacionar las capacidades cognitivas con las respuestas emocionales de los individuos y/o las comunidades<sup>41</sup>.

---

40 Y aunque los marcos temáticos y objetos de investigación de la historiografía internacional de las emociones crecen de manera exponencial, véase los repertorios incluidos en los manuales y síntesis de Jeannette M. Haviland-Jones y Lisa Feldman Barrett, (eds.), *Handbook of Emotions*, New York-London, The Guilford Press, 2008<sup>3</sup>, pp. XIII-XVI; Keith Oatley, *Emotions. A Brief History*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004, pp. 134-155. En el mercado interior español una buena panorámica sobre las temáticas tratadas la ofrecen los dossiers de las revistas. Así junto a los libros mencionados en las diferentes notas al pie y monográficos citados en el texto (*Ayer, Cuadernos de Historia Contemporánea* o *Rúbrica Contemporánea*), mencionaré las distintas colaboraciones recogidas en la «Historia de las emociones», publicado por la revista *Vínculos de Historia*, 4 (2015), pp. 11-173. En este orden, la lista de la Asociación de Historia Contemporánea informa continuamente de nuevas publicaciones o seminarios como el libro editado por Luisa Elena Delgado, Pura Fernández y Jo Labanyi, *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2016.

41 Barbara H. Rosenwein, «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context* I (1/2010), pp. 1-32; y «Modernity: a problematic category in the History of Emotions», *History and Theory*, 53 (2014), pp. 69-78.

Los efectos integradores de esta metodología han proporcionado identidad profesional a los historiadores y a sus investigaciones. En la práctica, se trata de una peculiaridad que tiene su reflejo, tanto en los planteamientos de los problemas, los procedimientos para abordarlos y sus resultados como en la formación interdisciplinar de sus cultivadores (junto a la historia y la literatura, la lingüística y los estudios culturales están presentes la psiquiatría y la neurología, la filosofía, la sociología, la etnología y la antropología). No obstante, alguno de estos autores no ha dudado en alertar acerca de los peligros de los lugares comunes, las obviedades y las «terribles simplificaciones» que acechan a la historia de las emociones<sup>42</sup>. En este punto, la opinión del historiador cultural Rüdiger Safranski, el gran divulgador de aquella fantasía tan elitista como subjetiva que fue el *romanticismo*, acerca de que «La información por sí sola, no constituye conocimiento, hasta que, a partir de ella se piensa algo», se podría apostillar, por modo condicional, con dos palabras derivadas de la ética profesional: que el pensamiento sea, cuando menos, «interesante y novedoso»<sup>43</sup>.

En cualquier caso, resulta muy difícil contradecir a Jan Plamper cuando sitúa en 2001 y en Manhattan el epicentro del movimiento que convirtió la historia de las emociones en un producto de la pos-posmodernidad. Tanto más cuanto el avance del tsunami que inició el actual *gran momento de las emociones* coincidió con la difusión de las políticas del miedo de los gobiernos mundiales (iniciadas en Estados Unidos por la administración Bush y extendidas por

---

42 En relación con la abundancia y la celeridad de las publicaciones de historia de las emociones, J. Plamper apunta el problema de «la más que dudosa base empírica de las mismas», citado por L. Mees, «Emociones en política. Conceptos, debates y perspectivas analíticas», *op.cit.*, p. 30. Como suele ocurrir en otros territorios de la investigación historiográfica, junto a los adanistas descubridores de océanos y los advenedizos que no dudan en maquillar sus desvergüenzas proclamando con «programada candidez» sus inmensas lagunas eruditas, ingenuidades metodológicas y vacíos teóricos, resulta difícil dejar de mencionar aquí los problemas y efectos perniciosos sobre consolidación disciplinar de la historia de las emociones que, en determinadas historiografías nacionales —la española, por ejemplo—, supone la cuestión de las modas y el deslumbramiento pasajero por casi todo lo pos-posmoderno por parte de cierto tipo de historiadores «más impresionables» o dados a modificar su investigación siguiendo cambios coyunturales.

43 Fernando Aramburu, «Rüdiger Safranski», *El Cultural* (07.06.2013).

todo el mundo occidental a partir de los sucesos de Atocha del 11 de marzo de 2004). En los siguientes años, sobre el globalismo de las nuevas gobernanzas se dieron cita todo un conjunto de fenómenos político-sociales y económicos que crearon las condiciones para las transformaciones culturales que significaban la superación de la era posmoderna. Sin solución de continuidad, se encabalgaron la popularización de las versiones más «autogratificantes de la “globalización” o de la “sociedad de riesgo”», la gestión incierta de la incertidumbre, los cambios sociales, las creencias en la inevitabilidad de las leyes del mercado establecidas por las religiones apocalípticas de los *neocons* y la gran crisis económica de 2008<sup>44</sup>.

## METEMPSICOSIS POS-POSMODERNAS

En circunstancias tan cambiantes, por lo menos una cosa parece completamente cierta: en la historia de la historiografía el tema de las emociones venían de muy atrás. Y esta certeza permite reconocer, a continuación, que en el desarrollo del fenómeno contemporáneo se hallan muy presentes los retornos y los redescubrimientos. El primer hecho nos llevaría directamente a estudiar la historia profunda de los departamentos de historia norteamericanos, investigar la institucionalización y normalización disciplinar de la historia intelectual y de la cultura, especialmente, en las décadas de 1950 y 1970. Mientras que el segundo me hace repetir algo que ya he dicho en otro lugar: en la historia de la historia no hay un desarrollo evolutivo de las argumentaciones, sino que es más bien el fruto de una tensión continua, de una sucesión de debates acerca de problemas recurrentes, acerca de conceptos esencialmente en conflicto. Si esto es verdad, también es importante observar que el progreso del conocimiento, en el caso de la ciencia social, exige obstinados retornos sobre los mismos objetos<sup>45</sup>. Y sin duda, que las repeticiones y «los retornos son cada vez más

---

44 John Gray, *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Barcelona, Paidós, 2008; y David Vila Viñas, *La gobernabilidad más allá de Foucault. Un marco para la teoría social y política contemporánea*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

45 Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Siglo XXI, 2007, p. 9.



iguales pero también diversos, porque son modificados por las situaciones nuevas en que se producen». De ese modo, aunque «exhiban elementos comunes y similares, son experiencias cada vez originales y diferentes; es más, son sobre todo las diferencias las que producen significado»<sup>46</sup>.

En este sentido, la cuestión de la ambigüedad apuntada más arriba ha favorecido la aparición en el seno de la «burbuja emocional» de dos situaciones paradójicas. La primera es que un grupo importante de sus cultivadores hayan apostado la suerte de sus investigaciones al constructivismo social (vinculado al desarrollo de las emociones sociales que deja de lado las emociones y puntos de vista personales)<sup>47</sup>. Con la referencia del panorama atroz anunciado hace unos años por Manuel Castells en *La era de la información*, la otra paradoja la planteó el teórico de la *modernidad líquida* Zygmunt Bauman al decir que: «el individuo posmoderno es aquel que se ve obligado a buscar soluciones biográficas a problemas sistémicos». Para el sociólogo polaco, esta manipulación solo es concebible a partir del momento en que un discurso —el neoliberal, en este caso—, es capaz de poner a su servicio algunos mecanismos inconscientes que juegan un papel decisivo en la subjetividad del hombre<sup>48</sup>. Si lo pensamos bien, se trata de un *revival* de la tesis central de *El malestar de la cultura*, publicado por Sigmund Freud en 1930 (si bien venía adelantando varias de sus tesis en artículos desde 1915)<sup>49</sup>. Un redescubrimiento irresistible que constituye la punta de lanza del retorno de las emociones al primer plano de la cultura histórica contemporánea.

Desde luego, la fortuna ha sido propicia con Sigmund Freud y también con Sherlock Holmes, dos personajes que han alcanzado la cate-

---

46 Salvatore Settis, *El futuro de lo «clásico»*, Madrid, Abada Editores, 2006, p. 126, citado por I. Peiró, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, p. 275.

47 J. Plamper, «Historia de las emociones. Caminos y retos», *op. cit.*, p. 17; y J. Díaz Freire, «Presentación», *op. cit.*, p. 17.

48 Zygmunt Bauman y Gustavo Dessal, *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 26-27.

49 Sigmund Freud, «El malestar en la cultura», recogido en *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 57-151.

goría de mitos de los tiempos modernos. Sin embargo, los caminos de la fama de ambos han sido distintos. La figura del detective, a quien su creador Arthur Conan Doyle debió resucitar ante la protesta general del público por su ejecución sumaria (despeñado cerca de las cataratas de Reichenbach, tras una pelea con el infame profesor Moriarty, «pero, por suerte, ningún juez de instrucción se había pronunciado sobre sus restos»), ha gozado de una popularidad creciente, indiscutible y sin interrupción con múltiples reencarnaciones en los más variados medios culturales<sup>50</sup>. Mientras tanto, el doctor Freud se ha convertido en un caso peculiar por su trayectoria bipolar dentro de la historia de la ciencia y de la cultura contemporáneas: enterrado para la medicina por el dictamen inapelable de los psiquiatras clínicos norteamericanos<sup>51</sup>, sus renacimientos han sido obra de los científicos sociales, de los humanistas, los filósofos e historiadores culturales. Y como no podía ser de otra manera, el renovado interés por su figura ha hecho que la terminología, los conceptos y las tesis freudianas sobre la melancolía, la nostalgia, los traumas, el amor o la felicidad, se encuentren en la base teórica de los más recientes debates de historia de las emociones.

## TIEMPOS MODERNOS: LA ÉPOCA DEL DR. FREUD Y SHERLOCK HOLMES

Pero claro está, Freud «no fue el descubridor del inconsciente», ni «el primero en afirmar la fuerza elemental de los deseos apasionados» (en su propia época, Henry James había vinculado explícitamente el inconsciente con los sueños en la novela corta *Los papeles de Aspern*)<sup>52</sup>.

---

50 Arthur Conan Doyle, *Memorias y Aventuras*, Madrid, Valdemar, 1999, pp. 113-131; y «Prefacio», a *El archivo de Sherlock Holmes*, Madrid, Valdemar, 2016, p. 56. Durante la corrección de pruebas se ha reeditado este último volumen en cuya «Introducción» Juan Antonio Molina Foix aporta una completa relación de relatos, series de televisión y películas de cine cuyo protagonista sigue siendo Sherlock Holmes, *op. cit.*, pp. 9-52.

51 Véase M. Sheperd, *Sherlock Holmes y el caso del Dr. Freud*, *op. cit.*, pp. 24-38; el epílogo de A. Lobo, «Reflexiones tras la lectura del libro: tras la pista del autor», *op. cit.*, pp. 43-65; e *infra* notas 101 y 102.

52 Véase P. Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1989, p. 161. También, cabe mencionar sus notas sobre la herencia victoriana ligada

El psicoanalista fue un hijo del XIX, «el siglo psicológico por excelencia», el de los grandes egotistas a la manera de Stendhal, el del despliegue de la subjetividad y el exhibicionismo de todo lo que pensaban las mentes. Y fue la centuria que dio lugar a ese particular tipo de *gramática de la reflexión* que resultaron ser las revelaciones autobiográficas (que incluían el valor otorgado a la alteridad representado en el conocido oxímoron de Rimbaud, *Je est un autre*)<sup>53</sup>. Como observó Peter Gay, todo lo que sembraron en el siglo ilustrado pensadores como Rousseau, Diderot, Smith, Sterne y Goethe, fue cosechado en el diecinueve<sup>54</sup>.

Cuando llegó el *Fin de Siècle*, los victorianos eminentes que interpretaban los sentidos de la vida «ante todo en términos espirituales

---

al interés activo por el yo y su fervorosa indagación en *Schnitzler y su tiempo. Retrato cultural de la Viena del siglo XIX*, Barcelona, Paidós, 2002 pp. 275-286. Estas páginas estaban basadas en la extraordinaria exploración de la cultura decimonónica que fueron sus dos volúmenes, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. I. *La educación de los sentidos* y II. *Tiernas pasiones*, México, F.C.E., 1992 (1984<sup>1</sup> y 1986<sup>1</sup>). La biografía de este historiador norteamericano perteneciente a la segunda generación de emigrados alemanes en Estados Unidos, en Helmut Walser Smith, «Reluctant Return. Peter Gay and the Cosmopolitan Work of a Historian», en Andreas W. Daum, Harmut Lehmann y James J. Sheehan (eds.), *The Second Generation. Émigrés from Nazi Germany as Historians. With a Bibliographie Guide*, New York-Oxford, Berghahn, 2016, pp. 210-228 y 368-370.

53 Marco Francesconi y Daniela Scotto di Fasano, «Guardarsi nello specchio della memoria: autobiografía como un modo di dire «io»», en Maurizio Balsamo (a cura di), *L'Autobiografia psicotica*. Milano, Franco Angeli, 2015, p. 21.

54 Especialmente, el consejero áulico de Weimar que tendió los primeros puentes hacia la modernidad de la interioridad liberada con su *Poesía y Verdad* y, tras su extraordinario *Werther*, dejó esa caricatura de los sentimientos que es *El triunfo de la sensibilidad*. Una panorámica sobre la construcción emocional del siglo XVIII y la herencia recibida por la escuela romántica a través de los puentes tendidos por los autores señalados, en Emma Rothschild, *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2001; R. MacMullen, *Les émotions dans l'Histoire, ancienne et moderne, op.cit.*, pp. 118-121. Y las dos obras de Rüdiger Safranski, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Barcelona, Tusquets, 2012, y *Goethe. La vida como obra de arte*, Barcelona, Tusquets, 2015. Saltando hasta el siglo XX, la noticia de que fue fundamental en la historia literaria de Thomas Mann la ambición de compararse con Goethe (como lo fue para Joyce la obsesión similar de medirse a Shakespeare) en Philip Kitcher, *Muertes en Venecia. Las posibles vidas de Gustav von Aschenbach*, Madrid, Cátedra, 2015, pp. 26-27.

y morales, más que físicos o sensuales» se llenaron de agitación e incertidumbre ante la cadena de catástrofes que, desde los años setenta, sucedieron en los distintos países europeos<sup>55</sup>. Con el influjo remoto de los héroes de Carlyle, se impregnaron de las reflexiones sobre la angustia del danés Kierkegaard, asistieron a las representaciones de «la vida moderna del alma» propuestas por los nórdicos Ibsen o Strindberg, sintieron las patologías emocionales de la gran ciudad reflejadas por el ruso Dostoievski e imaginaron las experiencias traumáticas (la alienación y el extrañamiento del ser) trasladadas al lienzo en *El grito* por el noruego Edward Munch<sup>56</sup>.

Pero por encima de todos estos «modernos», en la primera línea del heterogéneo censo de autores que contribuyeron a la representación colectiva del mundo finisecular se elevaba la figura de Arthur Schopenhauer («*Die Welt ist meine Vorstellung*», había escrito en 1818 al comienzo de su libro más conocido)<sup>57</sup>. Después de su fallecimiento repentino en 1860, la doctrina pesimista y las parábolas sociales de Schopenhauer fueron una fuente de inspiración para la fuerza irracional de tipo dionisiaco que irradiaban una amplia serie de producciones intelectuales: desde *La genealogía de la moral* de Nietzsche (lo bueno, lo malo y el resentimiento, la conciencia, la culpa y el ascetismo, el sufrimiento y el pathos en el hombre como condición de posibilidad de la comprensión interhumana), hasta la música de Wagner («Al escuchar esta música ardiente y despótica, a veces me parece como si encontrara de nuevo las huellas mareantes del opio pintadas en el fondo del abismo», anotó Baudelaire tras asistir a una representación de *Tannhäuser*). Sin olvidar, por supuesto, las percepciones de un joven Freud (a quien alumbró la noción

---

55 El entrecomillado es de Modris Eksteins, *La consagración de la primavera. La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*, Valencia, Pre-Textos, 2014, p. 50. En perspectiva general, la construcción de las culturas de los europeos en Christophe Charle, *La dérégulation culturelle. Essai d'histoire des cultures en Europe au XIX<sup>e</sup> siècle*, Paris, PUF, 2015.

56 Paloma Alarcó, «Edvard Munch. Arquetipos», *Catálogo de la exposición Edvard Munch. Arquetipos, celebrada en el Museo Thyssen-Bornemisza 6.10.2015-17.01.2016*, Madrid, Museo Thyssen-Bornemisza, 2015, pp. 31-32.

57 Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Gredos, 2010, I, p. 27 [«El mundo es mi representación»], citado por Luis Fernando Moreno Claros, *Schopenhauer. Una biografía*, Madrid, Trotta, 2014, p. 235.

de inconsciente y del imperioso mundo de las pulsiones, del Eros y Tanatos)<sup>58</sup>.

Con retraso, el pesimismo del pensador de Dánzig lo puso de moda Jean Bourdeau en la Francia de la III República donde se había extendido la corriente del decadentismo<sup>59</sup>. Pronto, sin embargo, las armas de este «modernismo antimoderno» se volvieron en su contra<sup>60</sup>. Y un puñado de nuevos «hombres de ciencia» (Max Nordau, Gustave Le Bon o Wilfred Trotter, entre unos cuantos más) comenzaron a analizar los «elementos psicofisiológicos» de la sociedad y la política, impulsando un pesimismo ideológico radicalmente contrario a los sueños de la modernidad y la idea de progreso liberal (ilusión perpetuada durante un siglo sobre la base del optimismo antropológico rousseauiano). Sus críticas a las vanguardias, a los instintos gregarios y a las «masas» (parlamentarias y urbanas) se proyectaron como síntomas de una perturbación fundamental: la *degeneración* que anunciaba el *crepúsculo de los pueblos*.

En el entresiglos, este tipo de literatura alcanzó una enorme popularidad en los diferentes países donde los «males de las patrias» se percibían aislados y exclusivos de la decadencia de las tradiciones nacionales propias. Sin embargo, la perplejidad era transnacional y estaba afectando a los *estados de ánimo colectivos* de todas las naciones de Europa. A su manera, el médico escritor y ferviente patriota Arthur Conan Doyle, trató de explicar a sus conciudadanos del Imperio británico cómo

---

58 La bibliografía sobre la intrincada red de relaciones, lecturas e inspiraciones intelectuales que provocaron estos autores es muy abundante. Junto a las referencias de P. Gay, *Una vida de nuestro tiempo*, *op.cit.*, p. 159, 182, 411, 439 y 450; citaré las páginas de R. Safranski, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, *op.cit.*, pp. 106-107, 142-143, 246-247, 258-259, 291 y 322-323. En particular, mencionaré las conferencias de Thomas Mann reunidas bajo el título de *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*, Madrid, Alianza Editorial, 2014; acompañadas de las apreciaciones sobre las lecturas e influencias en el escritor alemán de los dos filósofos y del psiquiatra de Ph. Kitcher, *Muertes en Venecia. Las posibles vidas de Gustav von Aschenbach*, *op.cit.*, pp. 63-67 y 73-79; y las páginas de Elisabeth Roudinesco, donde comenta las relaciones entre ambos y el ensayo de inspiración freudiana de Mann *Hermano Hitler* (1939), en *Freud en su tiempo y en el nuestro*, Barcelona, Debate, 2015, pp. 369-376.

59 Christophe Charle, *Discordance des temps. Une breve histoire de la modernité*, Paris, Armand Colin, 2011, pp. 311 y 425.

60 Antoine Compagnon, *Los antimodernos*, Barcelona, El Acanalado, 2007, pp. 18 y 162-173.

las semanas negras de las naciones impresionaron prodigiosamente a la llamada opinión pública<sup>61</sup>. En cualquier caso, muy pocos de los victorianos y eduardianos que seguían las aventuras de Sherlock Holmes pudieron imaginarse lo nimios que iban a resultar los acontecimientos vividos hasta entonces y la transcendencia de los cambios emocionales que estaban por llegar en el caluroso verano de 1914. Ni siquiera el gran productor de fantasías premonitorias H.G. Wells, que en 1913 había escrito *World Set Free*, «pudo profetizar la verdadera dimensión de lo que luego acaeció, el grado de disolución de las normas civilizadas, de las esperanzas humanas»<sup>62</sup>.

En verdad, la cultura europea había experimentado una reacción sísmica provocada por el estreno de *La consagración de la primavera* de Igor Stravinski, el jueves 29 de mayo de 1913, en el Teatro de los Campos Elíseos de París. En su versión trágica, sin embargo, la verdadera consagración de las emociones la estableció con firmeza la Primera Guerra Mundial<sup>63</sup>. Una ciclo alcista del régimen emocional de la modernidad que alcanzó su punto de aceleración máxima con la erupción del volcán de muerte y destrucción que cubrió el continente con las cenizas y los gases del luto, la tristeza, la desesperación, los traumas y el miedo. La conciencia de este giro, y de sus implica-

---

61 A. Conan Doyle, *Memorias y Aventuras*, *op.cit.*, pp. 171-184.

62 George Steiner, *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 43.

63 Junto a ese estudio pionero de la historia de las emociones que es el libro del historiador de la cultura europea, Modris Eksteins, resulta imposible dejar de mencionar aquí la larga secuela emocional que dejaron los desastres de las guerras en la cultura decimonónica. Sueños de la razón que producían monstruos y alcanzaron sus representaciones más genuinas en la pintura de aquel hijo del siglo ilustrado que fue Goya. Una nota sobre el interés que sigue despertando el pintor aragonés entre los cultivadores de la historia de las emociones en B. Aschmann, *Der Traum der Vernunft und seine Monster. Goyas Perspektiven auf das 19. Jahrhundert*, Berlin, Dunker & Humboldt, 2013. Y, junto a la amplia panorámica que ofrece el catálogo dirigido por Laurence Bertrand Dorléac, *Les desastres de la guerre, 1800-2014*, Paris, Somogy Éditions d'Art —Musée du Louvre— Lens, 2014, como ejemplo de la literatura que profundiza en los traumas y las neurosis de la guerra el libro colectivo editado por Mark S. Micale y Paul Lerner, *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; y el de Laurent Tatu et Julien Bogousslavsky, *La Folie au front. La grande bataille des névroses de guerre (1914-1918)*, Paris, Imago, 2012.

ciones, estará muy presente en el hecho de que la época del reconocimiento de la «casa del psicoanálisis» se extendiera a lo largo de las décadas de los veinte hasta la muerte del padre en 1939. Un período, por lo demás, en el que las aproximaciones psicoanalíticas penetraron los más diversos campos de la cultura y el conocimiento científico. En este sentido, procede asumir con José Luis Calvo Carilla que casi nadie del mundo intelectual parecía poder sustraerse a su influencia. Todos los literatos y artistas que alimentaron las *vanguardias emocionales* fueron hijos de Freud. Un árbol genealógico en el que se reconocían propuestas con lecturas tan diferentes de la realidad de los sueños y el absurdo como las del surrealismo y el expresionismo: «A partir de Freud —que compartió cenáculos con escritores y pintores expresionistas— se atendería más a la incoherencia del hecho artístico y literario o, mejor, a su coherencia originaria nacida del artista, de un ser primitivo y natural»<sup>64</sup>.

En plena sociogénesis de una mutación sucedió, además, que muchos de los artistas plásticos, de los músicos, escritores, historiadores y científicos que profundizaron en el conocimiento sobre la vida afectiva de los individuos o de las comunidades nacionales, eran austríacos como Freud. Y es que en aquel laberinto de la palabra que fue la Viena de entre siglos escribió el corrosivo crítico Karl Kraus y el más desatado de los novelistas psicologistas, el médico Arthur Schnitzler. Ambos representaron una literatura en la que «lo austríaco, lo judío y lo femenino» se daban ligados a la imaginaria del Imperio austrohúngaro, mientras era capaz de producir, a la vez, un apasionado fenómeno de «odio hacia la propia cultura»<sup>65</sup>. Las paradojas de los vieneses, engendraron actitudes de ambivalencia e hipocresía. Como escribió el especialista norteamericano en historia intelectual europea William M. Johnston, «Cuando Freud declaró que la neurosis tiene su origen en la relación amor-odio hacia los padres, estaba diagnosticando la actitud austriaca

---

64 Véase José Luis Calvo Carilla, *La vanguardia emocional (la literatura española ante la Europa de entreguerras, 1918-1936)*, Pamplona, editorial Eclipsados, 2009, pp. 52 y 320.

65 Sandra Santana, *El laberinto de la palabra. Karl Kraus en la Viena de Fin de Siglo*, Barcelona, El Acantilado, 2011, p. 11. Y, en general, las semblanzas que les dedica Jacques Le Rider, *Los judíos vieneses en la Belle Époque*, Barcelona, Ediciones del subsuelo, 2016, pp. 210-228 y 159-180, respectivamente.

hacia el país y también hacia el yo»<sup>66</sup>. Pasado el tiempo, estas situaciones se convirtieron «en una de las señas de identidad más inconfundible de una tradición literaria» cuyo Apocalipsis Feliz anunciado por Kraus, encontraría en las formulaciones utópicas y el nihilismo terapéutico de escritores tan dispares como Musil, Kafka, Zweig o Roth la apuesta definitiva por la ruptura con la modernidad<sup>67</sup>.

En las décadas de Saint-Germain, Freud siguió compaginando su trabajo como psicoterapeuta con el de infatigable pensador y teórico del psicoanálisis. De hecho, sin poder sustraerse a las emociones de la sociedad (conmocionada por el choque frontal del capitalismo «con su criatura sobrehumana, las masas») <sup>68</sup>, se amamantó de los ensayos y monografías publicados treinta años antes por los psicólogos de las multitudes para estimular su pensamiento y dar una respuesta psicoanalítica al fenómeno. En 1921, coincidiendo con la reaparición de Sherlock Holmes en la londinense *The Strand Magazine* y la neoyorkina *Heart's International Magazine*<sup>69</sup>, publicó *La psicología de las masas y análisis del yo* donde trataba de explicar la cohesión social a través del «deseo de sumisión» que lleva a las masas a invocar un «guía providencial». Pensando en Lenin y el bolchevismo, el antiutópico y posdarwiniano Freud explicó que «en la vida mental del individuo el Otro entra con toda regularidad como ideal, como objeto, como auxiliar, y como adversario; por lo tanto, la psicología individual es desde el principio psicología social al mismo tiempo»<sup>70</sup>.

En los meses siguientes el tiempo experimentó una formidable aceleración. Y al igual que muchos de sus contemporáneos, Freud pudo

66 William M. Johnston, *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*, Oviedo, KRK Ediciones, 2009, p. 896. Una semblanza de este historiador y la referencia a la reseña crítica que le dedicó al libro Carl Schorske en *The American Historical Review*, en el segundo volumen de las memorias de Roderick Stackelberg, *Memory and History. Recollections of a Historian of Nazism, 1967-1982*, Bloomington, iUniverse, Inc., 2011, pp. 88-91.

67 *Ibidem*, pp. 885-909.

68 La cita en Sandor Marai, *Lo que no quise decir*, Barcelona, Ediciones La Salamandra, 2016, p. 127.

69 Véase A. Conan Doyle, «La piedra preciosa de Mazarino», en *El archivo de Sherlock Holmes, op.cit.*, pp. 59-79 y 341 (originalmente apareció el relato en los números de octubre y noviembre de las revistas citadas en el texto).

70 Véase P. Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo, op.cit.*, pp. 452-453.



sentir la proximidad del futuro mesiánico y la densidad de la barbarie de la política contemporánea, incubada en los «nidos de serpientes» que crecían en el interior de la civilización europea. A finales de octubre de 1922, Mussolini llegó al poder en Italia y, acto seguido, se extendieron las dictaduras por el Mediterráneo (significativamente, en 1929, el carácter plebeyo del fascismo y el Duce servirá de modelo, «un típico movimiento de hombre-masa», a *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset)<sup>71</sup>. Minada por el trauma de su nacimiento, en la República de Weimar que muy pronto comprendería la realidad de la «metafísica totalitaria como sistema demencial», aparecieron una gran cantidad de estudios sobre *los nexos entre inseguridad y agresividad*, «motivados por la gran crisis mundial de los años treinta y el ascenso político de los nacionalsocialistas, en un clima de violencia pública»<sup>72</sup>. En los márgenes de la «comunidad de la razón» republicana, las librerías de Alemania se llenaron de libros de biopolítica (avatar del cientifismo decimonónico inspirador de una peligrosa voluntad de «perfeccionamiento» de la vida social a través de la selección) y de antropología física. Un área de conocimiento que había surgido durante la Gran Guerra dedicada a la definición étnica de la nación y de las naciones enemigas. Más adelante, los antropólogos austríacos y alemanes, seguidos por sus colegas de la Europa central y oriental, se responsabilizaron de llenar de sentimientos agresivos y popularizar el discurso racista<sup>73</sup>. La sociedad

---

71 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas (con un prólogo para franceses, un epílogo para ingleses y un apéndice: dinámica del tiempo)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972<sup>19</sup>, p. 113. Noticias sobre Ortega como pionero divulgador de las teorías freudianas en la prensa española e impulsor de la iniciativa de publicar en español sus *Obras Completas* en 1918, en Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus-Fundación Juan March, 2014, pp. 222 y 320.

72 Así lo apunta Esteban Pinilla de las Heras en su artículo póstumo, «In Memoriam». ¿Por qué continuamente se está reescribiendo la Historia?, *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 67 (1994), p. 27. El trauma del nacimiento y la comunidad de la razón republicana en el clásico trabajo de P. Gay, *La cultura de Weimar*, Barcelona, Argos Vergara, 1984 (1968<sup>1</sup>), pp. 18 y 33-57.

73 Véase Maciej Górny, «Bone & Soul: Physical Anthropology, the Great War and Nationalism in Eastern Europe», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 239-258. Sobre el marco que dibujó Fritz Stern, *Politique et désespoir. Les ressentiments contre la modernité dans l'Allemagne prèhitlérienne*, Paris, Armand Colin, 1990 (1961<sup>1</sup>), un completo estudio sobre la difusión de la biopolítica en Alenadro Andreassi Cieri, *El compromiso fáustico. La biologización de la política en Alemania, 1870-1945*, Barcelona, El Viejo Topo, 2015, pp. 179-368.

europaea parecía estar perdiendo el juicio y, sin poder imaginar que se trataría de uno de sus escritos más influyentes, en julio de 1929, el Dr. Freud comunicó a su círculo más cercano que acaba de terminar *El malestar de la cultura*, su ensayo más sombrío, hobbesiano e inseguro.

Dedicado a la desdicha humana y la incomodidad de los hombres en la civilización del presente, la «visión de las pasiones reprimidas por la cultura» que ofrece en el texto fue la particular aportación freudiana a la teorización política<sup>74</sup>. El libro refleja el estado de ánimo de un pensador de setenta y tres años preocupado por su salud, incómodo con la cultura moderna y apesadumbrado ante las inquietantes «perspectivas y desenlace» que abría la escena político-económica de los años treinta. Pese a su propósito («me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos»), en la segunda edición del libro que iba a publicarse en 1931, Freud no pudo evitar añadir al vacilante optimismo del último párrafo original un interrogante final de «mal agüero»:

A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanada del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizás merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y de su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas «potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con si no menos inmortal adversario. Más ¿quién podría augurar el desenlace final?<sup>75</sup>

Precisamente, fue en el tiempo heterogéneo e indeterminado de entreguerras cuando alcanzó su plenitud el primer gran *momento emocional* de la historia cultural europea del siglo xx. Sobre las terribles marcas dejadas por la Primera Guerra Mundial, las emociones desarrollaron su

---

74 P. Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, *op.cit.*, p. 608 (el comentario de la obra en pp. 605-616 y un apunte sobre la complejidad de su conservadurismo, que nunca debe «perder de vista la tensión interior de su pensamiento y desatender su radicalismo implícito», en pp. 609-610).

75 S. Freud, «El malestar en la cultura», en *El malestar en la cultura y otros ensayos*, *op.cit.*, pp. 150-151.

centralidad y significado en el ambiente creado por el espíritu febril de unos *Tiempos Modernos* marcados por las paradojas sobre el mundo feliz de los individuos, la metafísica, la técnica y los hombres-masa, de movimientos antidemocráticos y depresiones económicas, de patológicos resentimientos culturales y generaciones escépticas capaces de promover la desconfianza en los sueños de la razón moderna y en la objetividad<sup>76</sup>.

De todas maneras, por encima del resto de producciones y procesos, la época adquirió carta de naturaleza como un período intensamente emotivo debido a la melancolía de los contemporáneos ante la pérdida del mundo de ayer. Un mundo desaparecido al que los sobrevivientes siguieron ofreciendo los tributos de los símbolos y de la memoria como una forma de conjurar el malestar por las incertidumbres del presente<sup>77</sup>. Y mucho después, cuando las vivencias se habían convertido en recuerdos y cuando ya habían concitado obras históricas de envergadura, un emigrado alemán de primera generación, el historiador de la cultura Felix Gilbert, escribió en sus memorias:

Demasiado joven para luchar en la guerra, pero lo bastante viejo como para tener que decidir el rumbo de mi futuro antes de que el mundo volviera a adaptarse a unas pautas estables, sentía —y muchos contemporáneos compartían este sentimiento— que pertenecíamos a una generación especial, diferente de las que la precedieron y sucedieron. Escépticos sobre los valores del pasado, también nos mostrábamos escépticos sobre las posibilidades de estabilidad en el futuro<sup>78</sup>.

---

76 Véase U. Frevert y H.-G. Haupt, «El hombre del siglo xx», introducción al libro colectivo editado por ambos, *El hombre del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2002 (19991), pp. 11-21.

77 Recordando a los «clásicos» trabajos de Paul Fussell, Annette Becker o Jay Winter, véase Pedro Ruiz Torres, «Memorias, historiografías y usos públicos de la Gran Guerra», en P. Ruiz Torres (ed.), *Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015, pp. 209-265. Para el caso alemán, Bill Niven y Chloe Paver (eds.), *Memorialization in Germany from 1945*, Houndmills-New York, Palgrave MacMillan, 2010. Por último, una panorámica sobre la historiografía contemporánea de la conmemoración en Richard Crownshaw, «History and memorialization», en S. Berger y B. Niven (eds.), *Writing the History of Memory*, op.cit., pp. 219-237.

78 Felix Gilbert, *A European Past: Memoirs, 1905-1905*, New York-London, W.W. Norton & Company, 1988, pp. 26-27, citado por Fritz Stern, «Los historiadores y la Gran Guerra: experiencia privada y explicación pública», en *El mundo alemán de Einstein. La promesa de una cultura*, Barcelona, Paidós, 2003 (1999<sup>1</sup>), p. 224. La trayectoria de este historiador alemán naturalizado norteamericano en Bernd

No ha de extrañarnos, por tanto, que las emociones surgidas de los estratos más profundos de la vida psíquica nutrieran las investigaciones de quienes comenzaron a preguntarse sobre las responsabilidades y las causas de la pulsión suicida de la Europa de 1914 (despertadas por el «nacionalismo y el odio mutuo de los pueblos» y provocadas por la barbarie de la guerra contemporánea que ponía al desnudo lo más ancestral del hombre: «el placer del asesinato generalizado más allá de la muerte heroizada y la muerte natural»)<sup>79</sup>. Ni tampoco, que en los años del segunda posguerra, fueran historiadores emigrados (representantes de la «conexión alemana» en la cultura norteamericana)<sup>80</sup>, los primeros en afrontar la temática desde planteamientos de la historia intelectual de las ideas y de la historia cultural. Por eso, con la mirada puesta en las navidades de 1914, Ernst H. Kantorowicz, comenzó uno de sus artículos más conocidos comentando la carta pastoral del cardenal Mercier, *Patriotisme et Endurance*, leída en una Bélgica ocupada por los alemanes<sup>81</sup>.

---

Faulenbach, «Gilbert, Felix (1905-1991)», en Rüdiger vom Bruch y Rainer A. Müller (Hrsg.), *Historikerlexikon. Von der Antike bis zur Gegenwart*, München, Verlag C.H. Beck, 1991, págs. 118-119; y en el testimonio de Klemens von Klemperer, «It Hardly Needs Emphasis That My Own Generation, the Second, is Deeply Indebted to the First», en A. W. Daum, H. Lehamann y J. J. Sheehan (eds.), *The Second Generation. Émigrés from Nazi Germany as Historians*, *op.cit.*, pp. 55-57.

79 Después de sus primeros arrebatos belicistas, Freud cambió radicalmente y, en abril de 1915, publicó «Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte», recogido en *El malestar en la cultura y otros ensayos*, *op.cit.*, pp. 160-192. Las citas entrecomilladas y el comentario a la obra en É. Roudinesco, *Freud en su tiempo y en el nuestro*, *op. cit.*, pp. 195-200.

80 La «conexión alemana» y su influencia en el pensamiento americano en Wolf Lepenies, *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid, Akal, 2008, pp. 185-195; y una reflexión panorámica sobre las emigraciones de los historiadores alemanes en la introducción de Andreas W. Daum, «Refugees from Nazi Germany as Historians», en el libro colectivo editado por A. W. Daum, H. Lehamann y J. J. Sheehan, *The Second Generation. Émigrés from Nazi Germany as Historians*, *op.cit.*, pp. 1-52.

81 Ernest H. Kantorowicz, «*Pro Patria Mori* in Medieval Political Thought», *The American Historical Review*, 56, 3 (April 1951), pp. 472-492. Una primera aproximación a la vida y las principales obras de este historiador en Alain Boureau, *Histoires d'un historien. Kantorowicz*, posfacio a la edición francesa de E. H. Kantorowicz, *Oeuvres. L'Empereur Frédéric II. Les Deux Corps du Roi*, Paris, Gallimard, 2000, pp. 1223-1312; y el estudio preliminar de José Manuel Nieto Soria, «Kantorowicz y los

El antiguo profesor de Historia Medieval y Moderna de la Universidad de Frankfurt recuperó un acontecimiento del pasado bélico para presentar una original interpretación histórica de la antigua idea *pro patria e mori*. En el texto, rastreó la imbricación del concepto latino con la noción cristiana del martirio para estudiar cómo se fue llenando de contenidos a través de las estrechas relaciones establecidas entre la religión y el patriotismo. De igual modo, tras profundizar en los mecanismos de penetración sentimental en los combatientes, puso el énfasis en el «atractivo imperecedero de los héroes de guerra del país» (desde las Cruzadas hasta el conflicto de 1914, continuado durante la Segunda Guerra Mundial y su inmediata posguerra). Kantorowicz difícilmente podía olvidar su experiencia del frente (combatiente en el bosque de Argonne, cerca de Verdún). Y menos aún, su formación en una Europa de intensa revalorización emocional acentuada por la modernidad que trajo consigo la consolidación de las naciones. Las naciones se percibieron como los nuevos *corpus mysticum* de la política y el sacrificio voluntario de los guerreros-ciudadanos se elevó a la condición de ejemplo supremo de esa pura emoción que era el patriotismo<sup>82</sup>.

Por lo demás, el año en que el nuevo investigador del *Institute for Advanced Studies* de Princeton publicó *Pro Patria Mori*, el Dr. Freud, para el cual siempre había tenido «un especial encanto estudiar en individuos destacados, las leyes de la vida psíquica humana», hacía más de una década que había fallecido en su casa londinense de Maresfield Gardens<sup>83</sup>. Y conviene recordar que, como había sucedido con los

---

dos cuerpos de un historiador», en E. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Akal, 2012, pp. 5-20. Un comentario sobre la condición humana de su ascendencia judía en comparación con la de Marc Bloch, en I. Peiró, «Entreguerras: los historiadores, la historia y la vida», en F. Archilés, M. García Carrión e I. Saz (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, València, Prensas Universitat de València, 2013, pp. 112-118.

82 Wolfgang Kaschuba, «Die Nation als Körper. Zur Symbolischen Konstruktion 'nationaler' Alltagswelt», en E. François, H. Siegrist y J. Vogel (Hrsg.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich, 19. und 20. Jahrhunderts, op. cit.*, pp. 291-299.

83 Las palabras entrecorilladas en «Carta de Sigmund Freud a Lou Andreas-Salomé, 9 de febrero de 1919», citado por el compilador Johannes Cremerius en la «Introducción» al libro colectivo *Neurosis y genialidad. Biografías psicoanalíticas*, Madrid, Taurus, 1979 (1971<sup>1</sup>), p. 18, nota 20. La muerte de Freud el 23 de septiembre de 1939, en P. Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo, op. cit.*, pp. 697-720.

científicos, los artistas o los literatos, los historiadores habían leído sus teorías desde principios de siglo y su huella se había hecho presente en un puñado de profesionales, «iconoclastas» dentro de la historiografía académica de la época. En este grupo, destacaba la personalidad del británico de origen polaco Lewis Namier<sup>84</sup>.

El catedrático de Historia Moderna de Manchester, entendía el estudio del pasado como una «disciplina mental», inevitablemente «subjetiva» e «individual» y desde luego, «condicionada por el interés y la visión del historiador»<sup>85</sup>. Admirado por sus libros sobre *La estructura de la política a la llegada de Jorge III* (1929) e *Inglaterra en la edad de la revolución americana* (1930), consideraba que las acciones de los hombres en general y, más en particular, las motivaciones de los políticos respondían en gran medida a factores pertenecientes al orden de lo irracional:

Empecemos con el argumento de que saco la mente de la historia — escribió en 1953—. Sin duda parece imposible atribuir al pensamiento político consciente la importancia que se la asignaba hace cien e incluso cincuenta años atrás. La historia es primordialmente construida, y en una medida creciente, por la mente y la naturaleza del hombre; pero esa mente no funciona con la racionalidad que antaño se consideraba su más noble atributo, lo cual no significa, sin embargo, que funciones necesariamente peor. Las conclusiones estrictamente lógicas basadas en datos insuficientes son un peligro mortal, en especial cuando el hecho de plantearlas es motivo de orgullo; y en política nuestros datos son necesariamente exiguos y fragmentarios. Aun dentro de ese marco, los hechos que en cualquier momento podemos reunir y manejar de una manera casi científica son una mera fracción de lo que está presente en nuestra mente subconsciente. En consecuencia, cuanto menos trabee el hombre el libre juego de su mente con doctrinas y dogmas políticos, mejor será su pensamiento. Además, lo irracional no es necesariamente irrazonable: tal vez solo suceda que no podemos explicarlo o que lo interpretamos erróneamente en términos de nuestro

---

84 La trayectoria académica y personal de este historiador judío, comprometido con la militancia sionista, que había conocido personalmente a Freud, en Linda Coley, *Lewis Namier (Historians on Historians)*, New York, St. Martin's Press, 1989.

85 Las influencias del sociólogo Graham Wallas pero, sobre todo, de Sigmund Freud, las recuerda Juan Pablo Fusí en la semblanza que dedicó a Namier en *El malestar de la modernidad. Cuatro estudios sobre historia y cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva. Fundación José Ortega y Gasset, 2004, pp. 63-73.

pensamiento consciente. Una prueba absurda no invalida necesariamente un argumento: en los productos de procedencia desconocida a veces se pegan etiquetas equivocadas<sup>86</sup>.

De todos modos, aunque Namier alcanzó una enorme influencia en Oxford y en la historiografía británica hasta los años setenta<sup>87</sup>, su concepción de la historia fue un caso paradigmático. Un historiador con una particular trayectoria académica desarrollada, además, en el marco de una comunidad caracterizada por su papel de intermediario cultural. Una plataforma intercontinental para la circulación trasatlántica de las ideas entre las deprimidas universidades europeas y los exultantes centros de enseñanza e investigación norteamericanos en cuyos proyectos globales de historia cultural estaba muy presente el pensamiento de Freud.

## EL SIGLO XXI: LA HISTORIA EN EL «CÍRCULO DE LAS EMOCIONES»

En la década de 1950 el prestigio científico de Freud en los círculos médicos y culturales estadounidenses estaba en pleno auge<sup>88</sup>. En ese ambiente, un joven expatriado alemán, Erik Erikson propició el desarrollo de la «psicohistoria», un territorio de aplicación de las biografías psicoanalíticas<sup>89</sup>. Y vale la pena recordar, también, que fue entonces cuando

---

86 Lewis Namier, «La naturaleza humana en la política», traducido por Horacio Pons, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4 (2000), p. 146 (primera versión «Human Nature in Politics», en *The Listener*, 50 (1953), pp. 1077-1079, reproducido en el libro *Personalities and Powers*, London, Hamish Hamilton, 1955, pp. 1-7).

87 Véase J. P. Fusi, «La historia en Oxford hacia 1970», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 92.

88 Véase H.W. Smith, «Reluctant Return. Peter Gay and the Cosmopolitan Work of a Historian», *op. cit.*, p. 211; y Merel Leeman, «Discovering a Lost Intellectual Project: George Mosse and Peter Gay on Myth and Mind in History», en Carolina Rodríguez López y José María Faraldo (eds.), *Reconsidering a Lost Intellectuals' Project: Exiles' Reflections on Cultural Differences*, Newcastle, Cambridge Scholars, 2012, pp. 13-36.

89 Véase Erik H. Erikson, «La leyenda de la infancia de Hitler», en J. Cremerius (comp.), *Neurosis y genialidad. Biografías psicoanalíticas*, *op.cit.*, pp.149-171. Poco antes, otro «nómada intelectual» como Siegfried Kracauer había publicado *From Caligari to Hitler. A Psychological History of German Film* (1947).

los historiadores otorgaron el reconocimiento científico y profesional de los «productos más preciosos de la mente»<sup>90</sup>. El 29 de diciembre de 1957, William L. Langer, veterano de la Gran Guerra, pionero de la «historia internacional» y presidente de la *American Historical Association*, en el discurso inaugural de la reunión celebrada en Nueva York, legitimó el uso del psicoanálisis en la historia al considerar que:

There is, however, still ample scope for penetration in depth and I, personally, have no doubt that the «newest history» will be more intensive and probably less extensive. I refer more specifically to the urgently needed deepening of our historical understanding through exploitation of the concepts and findings of modern psychology. And by this, may I add, I do not refer to classical or academic psychology which, so far as I can detect, has little bearing on historical problems, but rather to psychoanalysis and its later developments and variations as included in the terms «dynamic» or «depth psychology»<sup>91</sup>.

Entre 1960 y 1980, la suerte de las emociones quedaron ligadas al desarrollo general de la historia intelectual y cultural, a la estabilidad del género biográfico o la continuidad de la práctica autobiográfica de sus profesionales; y, más particularmente, se conectaron con los trabajos sobre la Gran Guerra, la Viena fin de siglo, la cultura de Weimar y el Holocausto<sup>92</sup>. La cuestión es relevante porque la historiografía nor-

---

90 La influencia de Freud en los historiadores norteamericanos en Joan W. Scott, «The incommensurability of psychoanalysis and history», en C. Tileagă y J. Byford (eds.), *Psychology and History. Interdisciplinary Explorations*, *op.cit.*, pp. 40-63.

91 William L. Langer, «The Next Assignment», *American Historical Review*, 63, 2 (January 1958), pp. 283-304, citado por María Inés Mudrovic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005, p. 134.

92 Porque la bibliografía sobre estos temas es inmensa, remito a las notas al pie de mi artículo «Entreguerras: los historiadores, la historia y la vida», *op.cit.*, pp. 123-136, completadas con los capítulos recogidos en el libro colectivo editado por James M. Banner, Jr., *A Century of American Historiography*, Boston-New York, Bedford/St. Martin's, 2010 (especialmente, pp. 21-29 y 39-51); la síntesis de R. Whatmore, *What is Intellectual History?*, Polity Press, 2016, pp. 21-44; y las colaboraciones de Steven E. Aschheim, «The Tensions of Historical *Wissenschaft*: The Émigré Historians and the Making of German Cultural History» y Doris L. Bergen, «Out of the Limelight or In: Raul Hilberg, Gerhard Weinberg, Henry Friedlander, and the Historical Study of the Holocaust», en A. W. Daum, H. Lehmann y J. J. Sheehan, *The Second Generation. Émigrés from Nazi Germany as Historians*, *op.cit.*, pp. 177-196 y 229-243, respectivamente.



teamericana había adquirido nueva importancia a raíz de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, no solo se situó «en pie de igualdad en la comunidad histórica occidental», como explicaba complacido el profesor de la Universidad de Chicago e historiador de las ideas europeas, Leonard Krieger<sup>93</sup>. Antes bien, las presiones institucionales que bullían en el seno de la corporación americana comenzaron a cambiar la tectónica global de la historiografía. Y en sus diversas combinaciones, pusieron en marcha los procesos de americanización, mundialización y *cosmopolitan praxis* que llegan hasta la actualidad<sup>94</sup>.

Pero, por el momento, la cultura y la historiografía europea (especialmente la alemana) siguieron un camino distinto. En este lado del océano, los historiadores dejaron de leer a Freud cuando más lo hubieran necesitado. Y es que el sentimiento de culpa colectivo conectado con las derivas e interrogaciones profesionales sobre «la superación del pasado» (*Vergangenheitsbewältigung*), se adueñaron de las emociones que definían la vida, los actos y el pensamiento de los historiadores (la «emotionology», según la terminología de los Stearns)<sup>95</sup>. En esta dimensión se sitúa la voluntad de desaparición individual y la convicción común acerca del valor del silencio interior y la negación del acto del historiador como narrador que es testigo y, a la vez, partícipe de los acontecimientos.

---

93 Leonard Krieger, «European History in América», en John Higham, Leonard Krieger and Felix Gilbert, *History. The Development of Historical Studies in the United States*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1965, p. 289, citado por P. Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México D.F., Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, II., p. 457.

94 Véase Eckhardt Fuchs, «Reshaping the World. Historiography from a Universal Perspective», en Larry Eugene Jones (ed.), *Crossing Boundaries. The Exclusion and Inclusion of Minorities in Germany and the United States*, New York-Oxford, Berghahn Hanks, 2001, pp. 242-263; y Emily S. Rosenberg, «America and the World: From National to Global», en J. M. Banner, Jr. (ed.), *A Century of American Historiography*, *op.cit.*, pp. 30-38. Una presentación sintética del proceso de globalización de la profesión en Rolf Torstendal, *The Rise and Propagation of Historical Professionalism*, New York-London, Routledge, 2015, pp. 168-191.

95 Dentro de la historia de las emociones, el matrimonio formado por Peter N. y Carol Z. Stearns denominaron «emotionology» al conjunto de normas sociales que determinan no solo lo que se dice sino precisamente también «lo que se siente», «Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards», *The American Historical Review*, 90, 4 (Oct. 1985), pp. 813-836, citado por B. Aschmann, «La razón del sentimiento. Modernidad, emociones», *op.cit.*, p. 64.

Verdaderamente, todos habían leído en su juventud las palabras de Nietzsche acerca del hecho de que el recordar presupone olvidar, porque «lo ahistórico y lo histórico son en igual medida necesarios para la salud de un individuo, de un pueblo o de una cultura»<sup>96</sup>. Y, con seguridad, conocían su opinión básica sobre el vínculo que relaciona dolor y recuerdo: «Nunca faltó la sangre, el martirio, el sacrificio cuando el hombre consideró necesario formarse una memoria; (...), los rituales más crueles de todos los cultos religiosos (y todas las religiones son, en su fundamento más profundo, sistemas de crueldades)..., todo esto tiene su origen en ese instinto que descubrió en el dolor el más poderoso medio auxiliar de la mnemónica»<sup>97</sup>. Lo que es más, bajo los efectos de *El problema de la culpa*, el famoso ensayo de Karl Jaspers escrito en 1946, los profesionales vivían en la «sin memoria» de su pasado más reciente y el temor de la biografía (por «el miedo a la identificación, o lo que los alemanes llaman *Berührungsangst*, literalmente: “miedo al contacto”»)<sup>98</sup>. De acuerdo con esto, no deja de ser una soberbia ironía que la «imagen académica» de la profesión en la Alemania «libre» se construyera sobre el *olvido* de las historias personales (incluido el «lavado» de embarazosos pasados curriculares). Una «corrección» colectiva del pasado que venía a amortiguar los efectos subjetivos de las actuaciones individuales y la banalidad cotidiana con la que un número importante de historiadores alemanes abandonaron la decencia.

En los siguientes veinte años, en la República Federal Alemana —y en esta decisión arrastró al resto de las historiografías del continente—, se negaron las razones históricas de la biografía que pasó a ser considerada una práctica, cuando menos, «sospechosa» por unos historiadores preocupados por las estructuras y los campos, los movimientos de las masas anónimas y los objetos colectivos. Por extensión, se repudiaron los recuerdos autobiográficos (considerados parte de la *falacia intencional* de los «grandes hombres» que, nunca, construyeron ellos solos Tebas y las pirámides de Egipto, conquistaron la India o las Galias —según se preguntaba el obrero lector de Bertold Brecht—) y los rela-

---

96 F. Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [III Intempestiva]*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 45.

97 F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 101-102.

98 Ian Buruma, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*, Barcelona, Duomo ediciones, 2011, pp. 177 y 178.

tos de los testigos. Lo que vale decir, por cierto, que los sentidos y los afectos quedaron «dormidos», relegados a los terrenos marginales de las patografías o la psicohistoria (que nunca dio el salto de lo individual a lo colectivo)<sup>99</sup>, a los hallazgos de las sensibilidades derivadas de las investigaciones sobre las mentalidades analistas y al «alejado» mundo de la historia intelectual norteamericana. Lo más sorprendente de todo esto es que esta «neutralización» coincidió, entre otros procesos, con la aparición imparable de la era de los testimonios y la promoción de literatura del exterminio, de los diarios y relatos de vida de la Segunda Guerra Mundial (géneros donde los sentimientos devienen en emociones)<sup>100</sup>. Y, a la vez, con la paulatina configuración de las *políticas memoriales* de los Estados participantes en el conflicto<sup>101</sup>.

Pero es obvio que todo se desplaza incesantemente, que la circulación de las ideas sigue los impulsos de lo nuevo y que las tendencias historiográficas corren en dirección opuesta. Por eso, junto al capítulo escrito por el goteo de profesores que regresaron de Estados Unidos desde 1945, un dato revelador de los cambios y sus ritmos lo proporciona la recuperación de Kantorowicz por parte de Michel Foucault en *La arqueología del saber* (1969) y en *Vigilar y castigar* (1975). Expulsado de la universidad alemana en 1933 y creador una importante escuela de historiadores en

---

99 En la actualidad este salto lo han dado la psiquiatría, la genética o la microbiología para situar, por ejemplo, el miedo en el espacio interdisciplinar de las emociones con sus aplicaciones a los regímenes políticos dictatoriales, véase P. H. Elovitz, «The successes and obstacles to the interdisciplinary marriage of psychology and history», en C. Tileagă y J. Byford, *Psychology and History. Interdisciplinary Explorations*, op.cit. pp. 89-90 (con una nota sobre Erich Fromm el pionero autor de *El miedo a la libertad*).

100 Una amplia reflexión sobre la «era del testimonio», el debate abierto acerca del valor de los testigos, supervivientes de los campos de la muerte, la memoria de sustitución y el papel de los meta-testimonios de los escritores (desde Primo Levi a Jorge Semprún), en Régine Robin, *La mémoire saturée*, París, Éditions Stock, 2003, pp. 244-277; y François Rastier, *Ulises en Auschwitz. Primo Levi el sobreviviente*, Madrid, Sequitur, 2016 (2005<sup>1</sup>).

101 Jean-Louis Jeannelle, *Écrire ses Mémoires au xx<sup>e</sup> siècle. Déclin et renouveau*, Paris, Gallimard, 2008, pp. 131-155. Y, junto a las páginas de Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 1145-1183; las distintas colaboraciones de dos libros importantes editados por Jan-Werner Müller, *Memory and Power in Post-War Europe. Studies in the Presence of the Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; y el de Richard Ned Lebow, Wulf Kansteiner y Claudio Fogu (eds.), *The Politics of Memory in Postwar Europe*, Durham, Duke University press, 2006.

Berkeley y Princeton, su nombre había permanecido en el listado de «objetos perdidos» de la cultura europea<sup>102</sup>. Desde entonces, el crédito de Kantorowicz no ha parado de subir en ciertas clasificaciones de historiadores al ser considerado como un adelantado posmoderno por su concepción esencialmente «artística» de la historia<sup>103</sup>.

Con intensidad el giro lingüístico, el narrativismo y la posmodernidad estaban llamando a las puertas de Europa y con la lógica intransigente de la globalización la gran ola emocional surgida en los Estados Unidos alcanzó las costas occidentales del Atlántico. En la década de 1980, frente a la nueva realidad norteamericana (la corriente revisionista había comenzado a despedazar la doctrina freudiana y a su creador «reconvertido en un científico diabólico»)<sup>104</sup>, Freud regresó al corazón del viejo continente de la mano de historiadores como Peter Gay, Carl Schorske, William Johnston o Paul Roazen. Lo hizo acompañado de un cargamento de emociones, en tanto encarnación de «las aspiraciones de toda una generación de intelectuales vieneses obsesionados con la judeidad, la sexualidad, el declive del patriarcado, la feminización de la sociedad y, por último, una voluntad común de explorar las fuentes

---

102 Véase Robert E. Lerner, «Ernst Kantorowicz and Thomas E. Mommsen», en Hartmut Lehmann y James J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past. German-speaking Refugee Historians in the United States after 1933*, Washington, D.C., German Historical Institute, Cambridge University Press, 1991, pp. 188-205; la docencia en Berkeley y su traslado, en 1950, al Institute for Advanced Study de Princeton en William Palmer, *From Gentleman's Club to Professional Body. The Evolution of the History Department in the United States, 1940-1980*, Charleston, Booksurge, 2008, pp.127, 130 -131.

103 En un tono crítico, la calificación de posmoderno *avant-la-lettre* en las memorias del medievalista norteamericano Norman Cantor, *Inventing Norman Cantor: Confessions of a Medievalist*, Tempe, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, 2002, pp. 69-71 y 79-117. El rechazo de esta visión por parte de sus principales discípulos norteamericanos Ralph E. Giesey, Robert L. Benson o Margaret Sevcenko la recuerda J. M. Nieto Soria, «Estudio preliminar. Kantorowicz y los dos cuerpos de un historiador», *op.cit.*, p. 11. La actualidad de sus ideas las señaló C. Ginzburg, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Ediciones Península, 2000, pp. 86-91.

104 E. Roudinesco, *Freud en su tiempo y en el nuestro*, *op. cit.*, p. 461. Como apunta A. Lobo, la tempestad que desató el vendaval de la corriente revisionista norteamericana se inició en 1980 con la aprobación por parte de la Asociación Psiquiátrica Americana de la nueva clasificación de trastornos y enfermedades mentales, DSM-III, «Reflexiones tras la lectura del libro: tras la pista del autor», *op.cit.*, pp. 45.

profundas de la psique humana»<sup>105</sup>. Y porque la ironía en la historia no parece tener límites (a diferencia de la sátira que, en opinión del gran humorista berlinés Kurt Tucholsky, los tenía por arriba y por abajo), en este viaje de vuelta —de Sigmund Freud a Europa— utilizó la misma ruta por donde había arribado la *Hitler-Welle*. Siguiendo la ola que estaba contribuyendo a la renovación del género biográfico y el reconocimiento de la escritura autobiográfica como un modo de decir «yo», a la recuperación del interés por las naciones y los discursos nacionalistas, al impulso de las políticas de la memoria, de los cultos conmemorativos y el Holocausto judío.

En lo sucesivo, todos estos grandes espacios temáticos abonaron con pasiones y sentimientos identitarios los terrenos de la historiografía<sup>106</sup>. Lo que nadie podía predecir son los sucesos de 2001 y la crisis de 2008, ni la centralidad alcanzada por el «círculo de las emociones» en la historia presente del siglo XXI. Y es que, como se preguntaba con admiración Christophe Prochasson al comienzo de su libro *L'empire des émotions. Les historiens dans la mêlée*, ¿Quién se lo iba a creer?, que la era de la técnica y de la racionalización fuera también la de las emociones:

La logique des intérêts qui semblait organiser nos sociétés se masque de celle des émotions. Tout se défend et se vende au nom d'un capital affectif supposé. Ainsi surgissons-nous, comme en témoigne notamment le déluge médiatique dans lequel nous nous trouvons tous pris, au milieu du grand marché des passions que définit au nouveau capitalisme des affects. Les larmes coulent sans vergogne, y compris sur la joue des hommes d'État<sup>107</sup>.

Han pasado ocho años desde entonces y todos los indicios señalan que la fortuna del Dr. Freud se mantendrá unida al devenir historiográfico de las emociones... Pero esta elemental deducción no me impide imaginar

105 E. Roudinesco, *Freud en su tiempo y en el nuestro*, op. cit., pp. 460-462.

106 Véase William M. Johnston, *Post-modernisme et bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, Paris, PUF, 1992; y John Lukacs, *El Hitler de la Historia. Juicio a los biógrafos de Hitler*, Madrid-México, Turner-FCE, 2003, p. 18, citado por I. Peiró, «En el taller del historiador. La(s) biografía(s) como práctica histórica e historiográfica», *Gerónimo Uztaiz*, 28-29 (2012-2013), pp. 8-27. La opinión de Tucholsky en Marcel Reich-Ranicki, *Siete precursores. Escritores del siglo XX*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2003, p. 242.

107 Ch. Prochasson, *L'empire des émotions. Les historiens dans la mêlée*, op.cit., p. 5.

que la suerte del gran pensador de las pasiones y los instintos ha quedado ligada para siempre al universo mítico de Sherlock Holmes, *El hombre que nunca vivió pero que nunca morirá*<sup>108</sup>. A fin de cuentas, en su *Introducción al Psicoanálisis*, el mismo Freud defendió sus actividades al preguntar:

Suponga que es Vd. un detective comprometido en la investigación de un asesinato, ¿espera de verdad encontrarse con que el asesino ha dejado su fotografía con nombre y dirección en la escena del crimen? ¿No se contenta por fuerza, con más débiles e inciertas pistas de la persona que busca?<sup>109</sup>

### CODA ESPAÑOLA DESDE LAS PUERTAS DE LA TRANSICIÓN: CUARENTA AÑOS DE «MIEDO» DE LOS HISTORIADORES FRANQUISTAS

Concluyo esta panorámica internacional sobre la historia de las emociones con una coda española (parafraseando una feliz expresión del profesor José-Carlos Mainer). Como se sabe, durante buena parte de la crononimia emocional apuntada en las páginas anteriores para el resto del mundo, España vivió bajo el régimen del general Franco. En aquel tiempo, dentro de la práctica historiográfica tuvieron éxito las biografías psicológicas de Gregorio Marañón, un médico-erudito aficionado a las patografías. Sin embargo, lo más importante es que entre las emociones que definían la vida y la obra de los historiadores españoles destacó, por encima de cualquier otra, el miedo (siempre unido al terror, el otro hijo de Ares, el dios de la guerra en la mitología griega). Mirando hacia atrás, desde las puertas de la Transición hacia 1936-39, un acontecimiento contado por uno de los más reconocidos historiadores del franquismo al «exiliado» Juan Marichal me sirve para recordar el (*gran*) *miedo* que rigió las conductas personales y las decisiones profesionales de quienes escribieron la historia de España durante la dictadura.

---

108 La noticia de la monumental muestra *The Man Who Never Lived And Will Never Die* que tuvo lugar en el Museo de Londres desde noviembre de 2014 hasta abril de 2015, la comenta J. A. Molina Foix, «Introducción», en A. Conan Doyle, *El archivo de Sherlock Holmes, op.cit.*, p. 9.

109 M. Sheperd, *Sherlock Holmes y el caso del Dr. Freud, op.cit.*, p.13.

En efecto, Jesús Pabón y Suárez de Urbina que falleció el 26 de abril de 1976 en Madrid era el decano de los catedráticos de *Historia Universal Contemporánea* españoles (había ingresado en Sevilla, en 1930). Durante la guerra había sido Jefe de la Sección de Prensa Extranjera y, desde 1940, fue presidente del Consejo de Administración de la Agencia EFE (destituido fulminantemente por el ministro Fraga cuando fue nombrado delegado en España del conde de Barcelona). Director del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid (desde su creación en 1967) y presidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas (1970), alcanzó la cima del poder académico de la época al obtener el voto unánime de los numerarios para el cargo de director de la Real Academia de la Historia, el 10 de diciembre de 1971. En la primavera de 1972 recibió el homenaje de sus compañeros contemporaneístas y obtuvo el consenso de la comunidad profesional en su reconocimiento de maestro de la historia contemporánea<sup>110</sup>.

Alrededor de estas últimas fechas, debió tener lugar el último encuentro entre Franco y Pabón (a quien conocía desde sus tiempos zaragozanos, donde coincidieron como director de la Academia General Militar y auxiliar en la cátedra de *Literatura española y latina*, respectivamente). El episodio lo narró el profesor de estudios hispánicos y literatura de Harvard Juan Marichal al recordar la aparición del volumen IV de las *Obras Completas* de Manuel Azaña que incluía las *Memorias políticas y de guerra* en las que faltaban los cuadernos de los *Diarios* sustraídos en Ginebra al Cónsul General de España, Antonio Rivas Cherif, por el diplomático Antonio Espinosa que, en la primavera de 1937, se pasó a los sublevados con los documentos hurtados<sup>111</sup>. En 1968, la noticia alentó la curiosidad de Pabón. Y, tras consultar al general Juan Castañón de Mena, entonces ministro del Ejército, su voluntad de historiador por «intentar averiguar el paradero de los cuadernos robados»

---

110 Véase Octavio Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 11.

111 Publicados algunos fragmentos de los diarios robados en el *ABC* de Sevilla, entre agosto y noviembre de 1937, el libelista Joaquín Arrarás reuniría algunos de ellos en el libro *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939, citado por Juan Marichal «La restauración de Manuel Azaña», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 83-84 (diciembre 2011), p.189. La historia del robo y su recuperación en Santos Juliá, «Introducción» a *Manuel Azaña, Diarios 1932-1933. «Los Cuadernos robados»*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. CII-XL.

que probablemente habían estado en El Pardo (consideraba que debían ser depositados en la Academia de la Historia), le hizo pedir una audiencia con el Jefe del Estado.

don Jesús me telefoneó para vernos a su término —recordó Mari-chal—, esperando darme alguna buena noticia. Cuando fui a verle, Pabón estaba consternado, aunque sin poder refrenar un sentimiento de haber vivido un trance esperpéntico. Porque tras escuchar, atento y silencioso, la petición que le hacía Pabón en relación con los cuadernos robados de Azaña, el general Franco le dio una respuesta que era en sí una enigmática pregunta: «¿Es usted Pabón?» (y ahí terminó la audiencia). Por supuesto, la interrogación tenía varias posibles interpretaciones (sin excluir la utilización de la senilidad más hábil que real), pero para don Jesús podría «traducirse» así: «¿Es posible que el muy monárquico Pabón que yo conocí en Zaragoza venga a ponderarme los papeles de Manuel Azaña?»<sup>112</sup>.

El resultado de la entrevista sirve de testimonio de la íntima desazón, el profundo espíritu de sumisión y la paralizante respuesta emocional ante el miedo que inspiraba el Oráculo de El Pardo. A pesar del mucho tiempo transcurrido, las palabras del gran dictador seguían perturbando el temperamento ansioso de quien pasaba por ser el «sumo pontífice de la historia contemporánea» y uno de los máximos representantes del gremio de catedráticos de Historia que le habían servido con lealtad desde el principio<sup>113</sup>. El miedo que estaba consumiendo sus últimos otoños, fue una herramienta de opresión y alineación cuya gestión mediante el ejercicio del terror y la violencia política se constituyó en un elemento necesario para el funcionamiento del Nuevo Estado. Esta situación determinó el sometimiento de las conductas individuales y sociales a los patrones establecidos por el poder político, jurídico y policial del franquismo. Dirigido, en un primer momento, a la represión extrema de los enemigos vencidos (en una guerra civil, «el

---

112 *Ibidem*, pp. 189-190. La contextualización de la cita en I. Peiró, «La Edad de Oro liberal: memoria e historia de la cultura nacional española (1875-1936)», en C. Forcadell y M. Suárez Cortina (coords.), *La Restauración y la República*, III. *Historia de las culturas políticas en España y América latina*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons Ediciones de Historia - Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 165-167.

113 El calificativo en O. Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *op.cit.*, p. 11.



enemigo es siempre el que está fuera de nosotros)»<sup>114</sup>, parece indudable que en la inmensa postguerra el (*gran*) miedo subsistió como un recurso político de dominación y control de la sociedad de los vencedores. Por expresarlo con palabras de William M. Reddy, el miedo se constituyó en una de las experiencias prevalecientes de un «régimen emocional» que empezó como un efecto inmediato de la violencia de la guerra y mantuvo el terror hasta sus últimos momentos del régimen político<sup>115</sup>.

Los especialistas en la historia del franquismo siguen debatiendo el posible orden de preeminencia en el complejo e interdependiente conjunto de normas sociales que componen la interpretación histórica de la dictadura<sup>116</sup>. Mientras tanto, la literatura sobre la guerra le ha dado un lugar al «miedo insidioso, tentacular que se agarraba a todo (...)»<sup>117</sup>. El miedo es el verdadero protagonista del relato sin fin del preso que en el microcosmos de una *checa* es capaz de imaginar las angustias de la espera a la *saca* y el último viaje del *paseo*<sup>118</sup>. El personaje, tras escribir en su diario secreto la crónica sentimental de los primeros meses de la guerra en Madrid, recuerda la intensidad del instante en que le acometió «una tiri-

114 Sergio Luzzato, *Partisanos. Una historia de la resistencia*, Barcelona, Debate, 2015, p. 29.

115 William Reddy, *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, *op. cit.*, p. 129. Considerada en la actualidad la más básica de todas las emociones, el «alpha emotions in the hierarchy of human affects», es la más estudiada por los historiadores internacionales, véase B. Aschmann, «La razón del sentimiento. Modernidad, emociones e historia contemporánea», *op. cit.*, p. 66.

116 Véase Valeria Durán, Federico Iglesias, Sabrina Ríos, Laura Schenquer y Ana Inés Seitz, «Entrevista con Ismael Saz Campos», *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia. Universidad Nacional de Rosario*, 6, 10 (2014), pp.151-161. Comentando las distintas colaboraciones del libro colectivo editado por Miguel Ángel del Arco, Carlos Fuertes Muñoz, Claudio Hernández Burgos y Jorge Marco, *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, el profesor Saz afirma que «un régimen como el franquista no se sostuvo solamente por el miedo y la represión. Pero no decir no solo miedo y represión quiere decir que también el miedo y la represión formaron parte de ese modo de gobierno» (p. 156). La conexión del miedo con la represión y las cárceles en Gutmaro Gómez Bravo y Jorge Marco Carretero, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1939-1950)*, Madrid, Península, 2011. Y en general, Antonio Cazorla, *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

117 Juan Iturralde, *Días de llamas*, Barcelona, Ediciones B, 1987, p. 350.

118 *Ibidem*, pp. 530-535.

tona de fiebre, o de miedo retrospectivo, o de miedo al futuro, al zarpazo del porvenir», al oír «la historia eterna de las represalias, las desbandadas de los milicianos gritando: «que nos copan, que nos copan», la historia que acababa con el fusilamiento de los prisioneros por el bando que los hacía y la requisita de las caballerizas, de los coches, los camiones y los carros...»<sup>119</sup>. Meses de plomo en la *Capital de la gloria* cuyos personajes reconstruyen el itinerario narrativo de sus angustias e instintos vinculados al temor primordial a la muerte. Todo con el propósito de no olvidar nunca lo que vieron sus ojos horrorizados al «bajar por Atocha ahora sin coches ni tranvías, con personas apresuradas, cargadas de bultos, transmitiendo el miedo de que pudieran volver los aviones precisamente a donde él se encaminaba con la sensación de ir al lugar de un crimen (...) al comprobar que así era la guerra: destruía, calcinaba y ponía terror en el corazón...»<sup>120</sup>. Un miedo sublimado, por el historiador Manuel Fernández Álvarez en su trilogía literaria *Dies Irae* (2001).

Por su parte, como he dicho más arriba, la psiquiatría, la genética o la microbiología están intentando dar el salto de lo individual a lo colectivo (que nunca dio la psicohistoria) para situar el miedo en el espacio interdisciplinar de las emociones con sus aplicaciones a los regímenes políticos dictatoriales<sup>121</sup>. Y con acierto su incorporación al análisis de la política y del discurso ideológico, a través de la lectura del *Leviatán* (del miedo al poder absoluto de la dictadura como forma de gobierno)<sup>122</sup>, vienen a confirmar las ideas de Hobbes y más tarde de Carl Schmitt en

119 *Ibidem*, pp. 357-358.

120 Juan Eduardo Zúñiga, *Largo noviembre de Madrid*, Madrid, Cátedra, 2007 (1980<sup>1</sup>) p. 111. Formando una trilogía en el mismo volumen se recogen los cuentos de *La tierra será un paraíso* (1989<sup>1</sup>) y *Capital de la gloria* (2003<sup>1</sup>).

121 Con una nota sobre Erich Fromm el pionero autor de *El miedo a la libertad*, véase P. H. Elovitz, «The successes and obstacles to the interdisciplinary marriage of psychology and history», *op.cit.*, pp. 89-90.

122 El miedo al Estado definido por Thomas Hobbes que completa con el abandono del hombre aristotélico y el descubrimiento de la condición humana temerosa y deseosa que sobrevive con el miedo al gigante Leviatán (el «gran hombre artificial, cuyo cuerpo está formado por multitud de pequeñas figuras humanas que se apretujan en la vasta corporeidad del gigante»), véase *Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1980 (1651<sup>1</sup>), pp. 199, 263 y 265, y el comentario de María Teresa Uribe de H., «Las incidencias del miedo en la política: Una mirada desde Hobbes», en Jean Delumeau *et alii*, *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Corporación Región, 2002, p. 28-30.

el sentido de que en la España franquista el miedo se puso en marcha por «obligación» como una estrategia fundadora y de conservación del poder que implicaría a la sociedad entera desde los primeros «bandos de la guerra». Después de 1939, se desarrollaron los procesos depuradores de los funcionarios y el gran sumario «informativo, fiel y veraz» de la Causa General («creada por Decreto de 26 de abril de 1940, ratificado por el de 19 de junio de 1943», para dar a conocer «el sentido, alcance y manifestaciones más destacadas de la actividad criminal de las fuerzas subversivas que en 1936 atentaron abiertamente contra la existencia y los valores esenciales de la Patria, salvada en último extremo, y providencialmente, por el Movimiento Liberador»)<sup>123</sup>. A partir de ahí, el miedo ritualizó su presencia al adquirir la naturaleza de una especie de contrato social ratificado por la potente combinación de creencias político-religiosas de los franquistas conectadas con la renuncia a una considerable porción de libertad y la negación extrema de los valores personales de los otros: de los enemigos políticos y los excluidos sociales. Y el miedo, se convirtió en una compañía constante.

Por así decirlo, el paisaje de los miedos políticos y culturales adquirió una función referencial al proveer a los comprometidos con el régimen certeza, seguridad y protección (conjugación de conceptos que, definidos por Freud con la expresión *Sicherheit*, regulaban de manera normativa las relaciones de los sujetos con el Estado otorgándoles certidumbres sociales y familiares)<sup>124</sup>. Sin embargo, tratándose de un caso extremo de esa relación de amor-odio entre libertad y seguridad apuntada por Zygmund Bauman en sus análisis sobre el malestar en la *modernidad líquida*, conforme avanzaba el tiempo de la dictadura y de sus colaboradores, las incertidumbres ante lo que deparará el futuro no dejaron de crecer.

---

123 Causa General, *La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público*. Segunda edición revisada, Madrid, Ministerio de Justicia [Afrodisio Aguado], 1943, p. 11.

124 Véase Z. Bauman, «Libertad y seguridad: un caso de *Hassliebe*», en Z. Bauman y G. Dessal, *op.cit.*, pp. 19-20. También Luis Seguí, «La política del miedo y los cruzados del bien», *Letra Internacional*, 119 (invierno 2014), p. 96, reseña de la conversación sobre el neocapitalismo y los efectos perversos sobre el sujeto mantenida por el sociólogo de origen polaco y padre del concepto de modernidad líquida con el psicoanalista argentino. Como complemento al conocimiento histórico de la sacralización de la política, J. Gray ha denunciado las perversiones de la política contemporánea y la violencia de la fe que alcanzan hasta la actualidad, *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, *op. cit.*, pp. 247 ss.

Los miedos aumentaron en progresión aritmética, extendiéndose a casi todo lo desconocido: los rojos, los maquis, los comunistas, los exiliados, los disidentes, los antifranquistas, los obreros, los sindicatos, los estudiantes, las manifestaciones, el «contubernio» de Múnich, el terrorismo de ETA (capaz de remover los cimientos del sistema al alcanzar a su número dos, el almirante Carrero Blanco). También provocarán condiciones de incertidumbre las revoluciones en los países vecinos (el Mayo francés o la de los Claveles portuguesa) y un largo etcétera de temores que, en el primer lustro de los setenta, incluirán los miedos sociales instrumentalizados desde el poder para inculcar el odio y la ansiedad en los hogares españoles (los brotes del cólera, los extranjeros, los gitanos o el merchero Eleuterio Sánchez). En fin, en 1963, se movilizó la opinión pública internacional ante una dictadura sangrienta que fusilaba al militante comunista Julián Grimau por «rebelión militar continuada», la promulgación del estado de excepción en Guipúzcoa y, desde el 24 de enero de 1969, en todo el territorio nacional abrió la última espiral de violencia del régimen. En su agonía final, el Estado policial franquista siguió generando terror a través del Tribunal de Orden Público y los Consejos de Guerra militares para juzgar a los sindicalistas de Comisiones Obreras en el Proceso 1001, condenar a garrote vil al joven anarquista Salvador Puig Antich y cumplir la ejecución de las últimas penas de muerte, «tras juicios militares contra personas civiles», el 27 de septiembre de 1975<sup>125</sup>.

En el espacio corporativo de la Universidad (dotada de personalidad jurídica y centrada en una «justa línea media que excluye el intervencionismo rígido y la autonomía abusiva») <sup>126</sup>, los catedráticos franquistas participaron desde el primer momento del complejo pacto autoritario-dictatorial inducido por el estímulo del miedo. Aceptaron

---

125 Bartolomé Clavero, *España, 1978. La amnesia constituyente*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 26-27, nota 7. Fueron fusilados, por pertenecer al FRAP y a ETA Jose Humberto Baena Alonso, José Luis Sánchez Bravo, Ramón García Sanz, Angel Otaegui Etxeberria y Juan Paredes Manot. De la cada vez más abundante bibliografía sobre la vida y la muerte de estos personajes ejecutados por la dictadura, véase Gutmaro Gómez Bravo, *Puig Antig. La Transición inacabada*, Madrid, Taurus, 2014.

126 «Ley de 29 de julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española», *op.cit.*, p. 7409, citado por C. Rodríguez López, *La Universidad de Madrid en el primer franquismo. Ruptura y continuidad (1939-1951)*, Madrid, Universidad Carlos III / Dykinson, 2002, p. 142.

la situación porque la presencia de una emoción tan básica implicaba un elemento más de status y autoridad (inherente al poder punitivo de vigilar y castigar que el régimen les otorgaba). Y, probablemente, porque para la mayoría convencida el acuerdo suponía la puesta en suspenso de la eticidad como categoría y compendio de la amalgama de virtudes cívicas de preguerra (justicia, misericordia o magnanimidad), contrarias a las pasiones humanas desatadas en el conflicto que «llevan a la parcialidad, el orgullo, la venganza y cosas semejantes...»<sup>127</sup>. Para el resto —si existía algún discrepante silencioso—, no había opciones. Después de todo, la conjura metafísica, el ocultamiento y la exclusión vengativa del pasado estaban presentes desde el preámbulo de la carta fundacional que, inspirado por el rector Zabala, organizaba la corporación universitaria nacida de la guerra<sup>128</sup>.

Entre los magistrados de la Historia la alianza con la dictadura significará, la introducción de la autocensura y la exclusión de la culpabilidad política del sistema de valores corporativos. Precisamente, para un buen número de catedráticos que tras apoyar decididamente la política del franquismo decidieron sumergirse en la profesión, trabajando en la Universidad o en los patronatos del CSIC, la negación de la responsabilidad se corresponderá con el silencio sobre la historia del tiempo presente que habían protagonizado y fueron testigos directos. Justificados por razones de método, los silencios se dirigieron a ocultar sus temores más íntimos vinculados al recuerdo de las actitudes, comportamientos y experiencias personales durante la guerra. Está claro que no superaron nada. Y porque tenían miedo al pasado, al presente y al futuro, también lo está que a partir de los años sesenta y setenta muchos de ellos pusieron sus empeños en una reconstrucción biográfica «discreta», esforzándose en ocultar el pasado personal para que el futuro lo olvidara. Al final, a todos se les abrieron las puertas de la Transición, pues, como escribió el malogrado Francisco Casavella:

Durante el inicio de la época que nos llevó del miedo esperanzado al tedio se fomentó el olvido como un valor. Nadie se avergonzaba de su

---

127 Th. Hobbes, *Leviatán*, *op. cit.*, p. 263.

128 «Ley de 29 de julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española», *op. cit.*, p. 7407.

amnesia, pero a diferencia de aquellos que sí tenían algo que olvidar, hubo otros que por edad, o porque en ellos el olvido ya era un rasgo hereditario como unas manos anchas con dedos cortos, se les impuso el valor espiritual del olvido y olvidaron Nada. Olvidar Nada se convirtió en una nueva categoría...<sup>129</sup>

Zaragoza, diciembre 2015

---

129 Francisco Casavella, *El día del Watusi*, Barcelona, Destino, 2009, pp. 42-43.